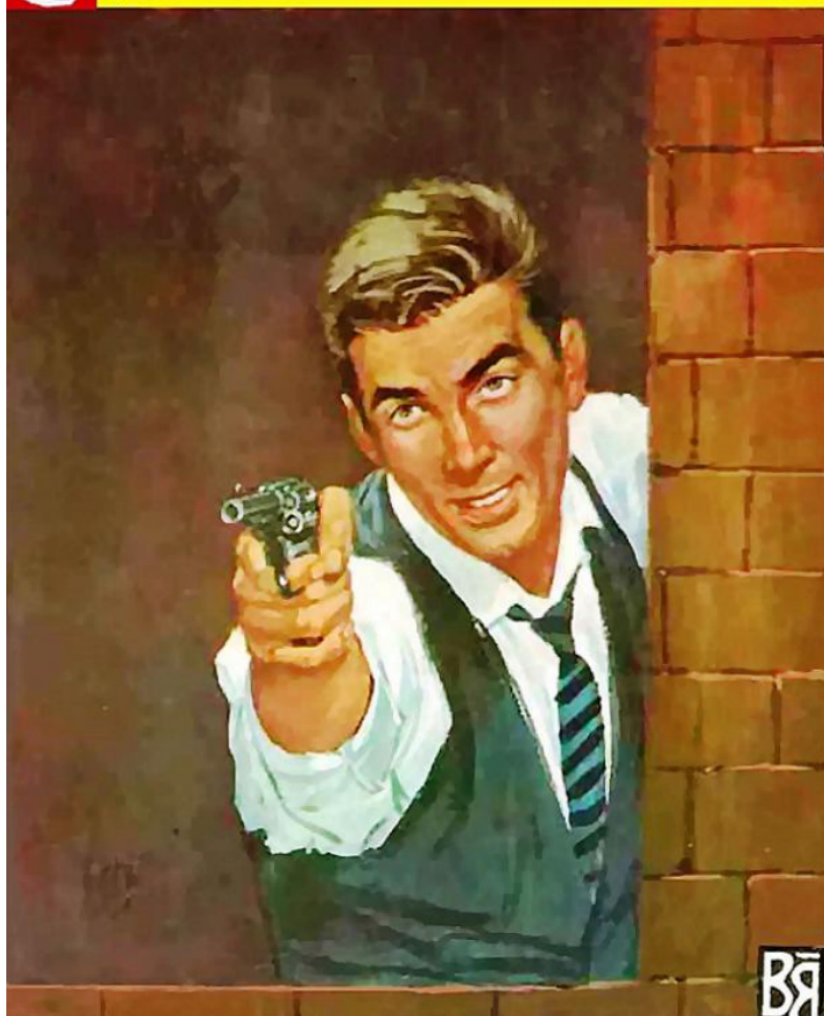




SERVICIO SECRETO

LOS DIABLOS FUGITIVOS

louis g.milk



BR



LOUIS G. MILK

LOS DIABLOS FUGITIVOS



SERVICIO SECRETO n.º 778
Publicación semanal
Aparece los MIÉRCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTÁ
MÉXICO
RIO DE JANEIRO



Depósito Legal B 17816-1965

Printed in Spain - Impreso en España

1.ª edición: julio 1965

© LOUIS G. MILK - 1965
sobre el texto literario

© JORGE SAMPER - 1965
sobre la cubierta

© COSTA - 1965
sobre la ilustración interior

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1965

N. R. 3706/65

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

CAPÍTULO PRIMERO

Los presos haraganeaban en el gran patio central de la prisión.

Había centenares de ellos, vestidos con los grises uniformes, en cuyas espaldas podía verse el número de serie, estampado en negro, sobre una tira de color blanco cosida a la tela de sarga. Unos paseaban, otros charlaban en corrillos y algunos estaban sentados a lo largo de los muros que cerraban el patio.

Desde las ventanas de su despacho, que dominaba ampliamente el patio, el director Haraldson contemplaba la muchedumbre de condenados.

Dick O'Callaghan, el jefe de guardias, un fornido irlandés, con los hombros de un oso, le acompañaba.

—Este penal tiene un grave defecto —dijo de pronto el director.

—Está a prueba de evasiones —declaró O'Callaghan—. Hay dos muros, con un ancho foso entre los dos. El segundo es aún más alto que el interior. Los guardias disponen todos de pistolas ametralladoras. Desde sus torretas dominan ampliamente el foso...

Los pensativos ojos del director se dirigieron hacia un punto situado más allá del muro exterior: el río.

Era una corriente ancha, mansa, bordeada por una espesa vegetación de álamos, sauces, sicómoros y robles. Los árboles empezaban a difuminarse, a causa de la niebla que todas las tardes ascendía desde el río hacia la colina.

El río corría en sentido oblicuo al eje mayor de la prisión. A la derecha, a una milla escasa de distancia, pasaba la carretera estatal número 32.

El patio tenía una anchura de casi setenta metros. Justo frente al despacho del director, había una torreta de vigilancia, encristalada, con una plataforma dotada de barandilla, por la que se paseaba el guardia, cuando el tiempo lo permitía.

Cada torreta disponía de teléfono, así como de un timbre para

conectar la sirena de alarma si el vigilante de turno veía algo sospechoso que se saliese extraordinariamente fuera de lo normal.

El muro interior tenía cuatro metros y medio de alto. El exterior, medía un metro más.

Los vigilantes se dirigían a sus puestos o regresaban de ellos por el foso que había entre ambos muros. Las torretas tenían su acceso por medio de una escalerilla de hierro, semejante a la de escape para incendios, adosada al muro.

—Ése es el defecto que encuentro yo al penal —dijo el director—. Las escaleras de acceso a las torretas de vigilancia.

—Los presos no pueden saltar la tapia interior —aseguró el jefe de vigilantes—. Aunque lo consiguieran, tendrían que pasar al foso; atacar luego una torreta cualquiera y subir hasta la plataforma, para saltar al otro lado. Pero mientras lo hacían, aun suponiendo que eliminasen al guardia de esa torreta, quedarían bajo el fuego de las otras dos torretas laterales y contiguas.

Cada setenta metros había una torreta, la cual tenía a la vista, como mínimo, a otras dos, a ambos lados. Los guardias podían protegerse mutuamente con el fuego de sus «Thompson» calibre 45.

El director Haraldson se frotó la mandíbula.

—Hace días que noto cierta tensión en el ambiente —dijo.

—Los informadores no han registrado la menor conversación de fuga —alegó O'Callaghan.

—Eso es lo que más me preocupa —contestó el director, sin dejar de observar la niebla que reptaba lenta e insidiosamente por la ladera de la colina—. «Soplos» de conversaciones sobre evasión los tenemos casi a diario. Ahora, hace más de una semana que ese tema está proscrito entre los penados. ¿Por qué?

Haraldson hizo una pausa.

—Se lo diré claramente, Dick: alguien está preparando su fuga.

—Reforzaré la vigilancia —sugirió el jefe de vigilantes—. Pondré guardias dobles en las torretas y tendremos todas las luces encendidas por las noches. Revisaremos minuciosamente todas las puertas y rejas...

Haraldson meneó la cabeza.

—No sé, no sé... —murmuró—. Esas escaleras pegadas al muro y al aire... No sé cuándo diablos aprobarán el presupuesto para hacerlas de espiral y en el interior de una torre circular, con una

puerta que se cierre desde dentro, al nivel del suelo, para subir al puesto de vigilancia. De este modo, cualquier preso que salte la primera tapia, quedará impedido de subir a la plataforma de la torreta y saltar al campo desde ese punto. O'Callaghan sonrió.

—En el momento en que ese preso se pusiera a caballo sobre la primera tapia, dos ametralladoras, por lo menos, harían converger su fuego sobre él y le destrozarían a balazos.

—Teóricamente, así debiera ser, pero...

La niebla rozaba ya la tapia exterior. Hacía rato que el río había dejado de ser visible.

Pronto quedarían los presos envueltos en la niebla, como casi todas las tardes.

De pronto, sonó el teléfono. O'Callaghan retrocedió dos pasos y levantó el auricular.

—Es para usted, director —dijo, tras unos segundos de atenta escucha.

Haraldson tomó el teléfono.

Una voz sonó en sus oídos.

—¿Director Haraldson? Soy el teniente Kazallon, de la policía de Drysdane.

—¿Cómo está, teniente? Me alegro de saludarle —contestó Haraldson amablemente. Mientras tanto y, aunque de una manera maquinal, seguía mirando hacia el patio, la mitad del cual se hallaba ya envuelto por la niebla.

—Gracias, director. Escuche, tengo una noticia para usted.

—¿Sí? Hable, por favor, teniente.

—Tiene usted tres pistolas en el interior de su prisión. Una de ellas está en manos de «El Matador». Proyecta una fuga, en compañía de su pandilla.

—¿Está seguro, teniente? —preguntó el director—. ¿No se trata de un rumor?

—Las noticias que tengo son absolutamente fidedignas —respondió el oficial de policía—. No sé cómo han podido pasar las armas a la prisión, pero lo cierto es que las tiene usted adentro. Ahora, ya está avisado, director.

—Gracias, teniente.

Haraldson devolvió el aparato a la horquilla. Su rostro aparecía cubierto de nubes sombrías.

—Era el teniente Kazallon —manifestó—. Dice que «El Matador» y su pandilla tienen tres pistolas.

—¡Maldición! —juró el jefe de guardias.

En aquel momento sonó un disparo al otro extremo del patio.

—¡Ya está, la fuga! —exclamó Haraldson, precipitándose hacia la ventana.

Pero no se veía a cuarenta metros de distancia.

El teniente Kazallon contempló con aire entre divertido y disgustado a la mujer que tenía frente a sí.

Era más vistosa que hermosa, de pelo intensamente rubio, con ayuda de la química, formas opulentas y sonrisa provocativa.

De cuando en cuando, Lizzy Brown levantaba los brazos para atusarse los cabellos. Lo único que pretendía era hacer destacar sus voluminosos encantos pectorales.

Estaba sentada, con las piernas cruzadas. Que la falda quedase a diez centímetros de las rodillas, le importaba muy poco.

Era la novia de Buck Felton, alias «El Matador» por su afición a tirar del gatillo.

Steve Kazallon era un Joven de treinta y un años, de aspecto en apariencia corriente, pero inteligente y enérgico. Sus ojos castaños contemplaban con aguda penetración a los criminales con los que tema que lidiar cotidianamente.

—Vamos, Lizzy —dijo persuasivamente—, sé buena y habla. ¿Cuál es el plan?

—¿Qué plan? —contestó la mujer con voz chillona, estridente—. No sé a qué se refiere, teniente.

—Me sobra la paciencia en la mayoría de las ocasiones, pero ahora tengo prisa, mucha prisa. Sobre todo, teniendo en cuenta que Buck quiere largarse. ¿Cómo y cuándo piensa hacerlo?

—Bueno —sonrió Lizzy—, apuesto a que ni uno solo de los mil y pico de prisioneros deja de pensar en la fuga desde el momento en que entra en «chirona». ¿Por qué no había de hacer lo mismo mi Buck?

—La fuga de tu Buck, hasta cierto punto, me importaría un rábano —aseguró el oficial muy seriamente—. Lo que me preocupa es que lo consiga... ya que prometió matar a los tres testigos que le enviaron a la cárcel. Buck es terriblemente vengativo y sería capaz de hacerlo. Habla, Lizzy, cuenta todo lo que sabes.

—¿Qué es lo que sé yo? —contestó la rubia desvergonzadamente—. Supongo que si Buck piensa «pirárselas» no me lo va a comunicar por carta, ¿verdad?

Kazallon miró a la mujer pensativamente durante unos segundos.

—Lizzy —preguntó—, ¿cuántos años tienes?

—¿A qué viene eso, indiscreto?

—Vamos, contesta. Seré mudo como una tumba. Tu verdadera edad no saldrá de las cuatro paredes de este despacho.

—Está bien, polizonte. Ve... veintisiete años.

—Mientes, Lizzy. Tienes uno más que yo.

La mujer se pasó las manos por las redondas caderas, a la vez que sacaba el busto exuberante, con impúdico gesto exhibicionista.

—Todavía merezco una mirada, ¿no? —sonrió.

—¿La merecerás dentro de diez o doce años?

Lizzy se sobresaltó.

—¿Eh? ¿Qué diablos quiere decir, teniente?

—Sólo una cosa muy sencilla, Lizzy. Es posible que Buck consiga escaparse. También lo es que mate a un testigo por lo menos, antes de que le atrapemos. Pero entonces, tú, como cómplice, y más si ha habido una muerte, irás a parar a la prisión de mujeres para diez o doce años.

Kazallon hizo una pausa a fin de que sus palabras penetrasen bien en la imaginación de la mujer.

—Ahora cuentas treinta y dos. Dentro de doce, tendrás cuarenta y cuatro. Por lo que veo —añadió, recorriéndola con la mirada de pies a cabeza—, posees cierta tendencia a engordar. ¿Eres capaz de imaginarte lo que sucederá dentro de doce años? Puede que entonces te merezcas una mirada, en efecto, pero como *La Mujer Más Gorda de América...*

Lizzy Brown barbotó una gruesa interjección.

—Déjeme ya en paz de una vez, polizonte. Le repito que yo no sé nada de esa fuga...

Impasible, Kazallon alargó la mano derecha y tocó un timbre.

Segundos después, entraba en el despacho un joven policía, con gafas tipo estudiante y de aspecto tímido, que llevaba en las manos una gran cartera de cuero negro.

—¿Teniente? —dijo el policía.

—¿Le conoces, Lizzy? —sonrió Kazallon.

Los ojos de la mujer habían tomado una expresión dura, hostil.

—Lizzy —dijo Kazallon—, éste es Paul Walters, el representante de comercio venido de Chicago, que buscaba una agradable compañía para salvar unas horas muertas durante su estancia aquí, en Drysdane.

Lizzy insultó al policía.

—¡Condenado soplón! —dijo.

—Perdona, Lizzy, pero la única soplona que hay aquí eres tú —corrigió Kazallon—. Paul, enséñale a Lizzy el contenido de su cartera de representante.

—Por supuesto —contestó Walters amablemente.

CAPÍTULO III

La cartera contenía un pequeño y compacto grabador de cinta, alimentado por pilas.

Los ojos de Lizzy contemplaron fascinadamente el aparatito. Paul Walters lo destapó. La cinta magnetofónica estaba ya en su sitio.

El policía presionó un botón. Inmediatamente sonó una voz, la suya propia, con el tono propio de un borracho.

—De... modo que tú conocías a ese... ese famoso pistolero a quien todos llaman «El Matador»...

—Ya lo creo... —respondió Lizzy, con un acento que daba a entender la gran cantidad de alcohol ingerida—. Era... éramos muy amigos... Lástima que ahora esté... esté en presidio para toda la vida...

—Bueno, pero... pero un hombre así debe tener mu... muchos amigos. Seguramente le ayudarán a escapar u... un día de éstos, ¿no?

—Oh, sí, claro... Buck no se va a quedar eternamente en «chirona». Pro, pronto se las «pirará» y...

El altavoz emitió un ruido raro de pronto, como el de un cuerpo al caer al suelo.

Paul Walters sonrió.

—Aquí fue donde el alcohol la derrotó. Se cayó al suelo antes de que tuviese tiempo de recogerla en brazos.

Kazallon miró a la mujer.

—Habla, Lizzy; no te compliques más la vida.

La mujer estaba temblorosa de rabia.

—¡Malditos polizontes! —tartajeó—. Eso que dice ahí no es cierto. Había bebido como una esponja...

—El alcohol desata las lenguas y hace decir la verdad —cortó Kazallon impasible—. Sólo te hemos repetido lo más importante,

pero si paso toda la cinta, encontraremos más alusiones a la fuga. Lizzy, piensa en los diez años de cárcel que te esperan y habla de una vez, antes de que sea demasiado tarde.

Ella se acobardó repentinamente.

—Si Buck se entera de que he hablado... —dijo.

—Te daremos dinero y un billete para cualquier punto de la nación —afirmó Kazallon—. Dentro de una hora, puedes estar saliendo de Drysdane, siempre que vea que me dices la verdad. Así, en el peor de los casos, la venganza de Buck no te alcanzaría.

—¿Lo dice en serio? —preguntó Lizzy ávidamente.

—Absolutamente —respondió el joven—. Puedo darte, de los fondos del Departamento, mil dólares y el billete para donde quieras, de tren, autobús o avión. Pero suelta la lengua... o te quedarás encerrada hasta que Buck se haya escapado. Entonces, te dejaremos libre... y puede que crea que has dicho algo, aunque no sea verdad. Recuerda el mal genio que tiene, Lizzy.

La mujer soltó una maldición.

—Está bien. Sólo puedo decirles una cosa: lo único que sé.

—Vamos, Lizzy, dilo de una vez —le apremió Kazallon.

—Buck y sus compinches tienen tres pistolas.

Kazallon la miró con incredulidad.

—Tres pistolas —repitió—. ¿Quién diablos se las proporcionó?

—No lo sé...

—¡Lizzy!

—Está bien —se resignó la mujer—. Sólo sé eso... lo que me ha dicho *Dusty Fulligan*.

—¡Fulligan «El Polvoriento»! —exclamó Kazallon—. Bueno, ahora iremos a hacerle una visita.

—¿Qué hay de mi dinero? —protestó la mujer airadamente.

—Espera un momento —dijo Kazallon.

Levantó el auricular y ordenó:

—Póngame con el director de la penitenciaría del Estado. Es urgente.

Los componentes de la banda de Buck «El Matador», eran tres, aparte de él.

Felton era un sujeto de treinta y cinco años, de aspecto brutal y nariz machacada por un golpe que le había propinado un rival tres

años antes. Felton se había tomado cumplida venganza, apuñalando al rival en un callejón, una vez hubo salido del hospital.

Otro de los miembros de la banda era Topp Nancock, «El Ariete», llamado así por su costumbre de romper las puertas a cabezazos. Pesaba ciento diez kilos y podía matar a un hombre de un solo puñetazo en el cráneo. No era la primera vez que lo hacía.

Hess Durcay, «El Topo», había recibido ese nombre por su afición a penetrar en los Bancos por las alcantarillas y perforando luego el suelo del objetivo. Era menudo, ratonil, pero inteligente y nada cobarde.

El último miembro del cuarteto era Japh McRoss. No tenía apodo y su misión, ordinariamente, consistía en guiar el automóvil que la pandilla utilizaba en sus desplazamientos. Tenía un aspecto inocuo, lo cual le hacía pasar desapercibido en todas partes... hasta que empuñaba el volante. Entonces se convertía en un demonio rugidor, lanzando el coche a ciento veinte por los lugares más inverosímiles.

Estaban al pie de la tapia interior, sentados, con aire aburrido. En torno a ellos mosconeaban las conversaciones de los demás reclusos.

—¿Todo listo, chicos? —preguntó Buck, hablando sin mover apenas los labios.

—Listo —contestó Nancock—. Ya tengo la cuerda y el gancho.

Trabajaban el primer turno en el taller de fabricación de sacos. Día a día, con perseverante tenacidad, habían ido guardando, y escondiendo hábilmente, largas fibras de yute, con las cuales habían tejido una cuerda de dos dedos de grueso y cuatro metros de largo, suficiente para soportar al más pesado de la cuadrilla. Había algunos nudos repartidos en la longitud de la sogá, a fin de facilitar su utilización.

Uno de los extremos de la cuerda estaba atado a un gancho. Lo habían construido con un trozo de barra de hierro, forrada asimismo de yute, para evitar el ruido. Para un hombre de la fuerza de Nancock, había resultado fácil curvar la barra con las manos, dándole la forma de gancho que precisaban.

Cuerda y gancho estaban escondidos bajo la chaqueta de sarga de Nancock. Las pistolas se hallaban en poder de sus otros tres compinches: dos «Luger» calibre

9 mm,

y una «Colt» calibre 45.

—La niebla subirá enseguida —murmuró «El Topo».

—Escuchad bien esto —bisbiseó el jefe—. No quiero que haya fallos. Topp, tú lanzarás el gancho. Inmediatamente, Japh subirá a tus hombros y se izará hasta el borde de la tapia. Le seguirá Hess y yo a continuación. El guardia nos verá apenas hayamos llegado al foso. Le eliminaremos antes de que tenga tiempo de reaccionar. Los guardias de las torretas dos y cuatro oirán los tiros, pero no podrán vernos con la niebla. Se abstendrán de disparar por temor a herir a su compañero. Entonces, subiremos por la escalera... Topp, maldición, no te dejes la cuerda en la primera tapia: la otra es muy alta...

—De acuerdo —contestó el gigantón—. Pero lo que me preocupa es si estará el coche.

—Estará —afirmó Felton enfáticamente—. *Dusty* lo ha combinado todo magníficamente. Marty Way nos esperará dentro de treinta minutos justos, apenas haya visto que la niebla ha envuelto el penal.

En aquel momento, un sujeto se acercó a los cuatro individuos y se arrodilló frente a ellos, sentándose sobre sus talones.

—Hola, chicos —dijo.

—Largo, «Rata» —murmuró Felton.

—¿A dónde voy? —sonrió el penado.

Era un tipo pequeño, de cara triangular y ojos como bolitas de acero. Tenía las manos sorprendentemente largas y finas, como de pianista. Las carteras en las aglomeraciones urbanas se le daban muy bien.

—Al infierno —rezongó Hess Durcay—. Está muy lejos de aquí.

—Más cerca está el despacho del director —dijo «El Rata», impasible.

Los cuatro compinches le miraron duramente.

—¿Qué estás tratando de insinuar? —Gruñó Felton.

—Sencillamente, que el director Haraldson daría saltos de alegría si se enterase de que hay tres pistolas dentro de su preciosa cárcel. Y saltaría aún más si conociese los nombres de los propietarios de las pistolas.

—«Rata», te la estás ganando —farfulló el gigantón.

—Puedo quebrarte el pescuezo como si fuese una paja.

—No lo harás aquí, en presencia de quinientos tipos —contestó el carterista, sin perder la calma—. Ahora mismo puedo levantarme y caminar hasta ponerme al pie de aquella ventana. ¿Veis al director y a su jefe de fieras, mirándonos a todos?

—Te la estás ganando, «Rata» —insistió Nancock.

Felton alargó la mano.

—Déjalo. Este tipo se trae algo entre manos. Desembucha, «Rata».

—Quiero largarme con vosotros.

Hubo una pausa.

—Estás loco —gruñó McRoss.

—Más locos estáis vosotros si no me admitís.

—«Rata», ¿por qué diablos quieres largarte? Tu condena no es, ni de lejos, tan larga como la nuestra —argumentó Felton.

—Escucha, «Matador». Me quedan seis años, a pulso. Esta vez, no tendré libertad condicional. Demasiado tiempo, ¿no?

—A ti te conocen todos los policías del Estado —objetó Durcay, «El Topo».

—Tú eres un recién nacido y no te ha visto nadie —dijo el carterista sarcásticamente—. Ni tampoco a Felton, ni a Nancock...

—Basta —cortó el jefe—. ¿Qué pasaría si no quisiéramos admitirte?

«El Rata» sonrió untuosamente.

—El director Haraldson se sentiría muy satisfecho por conocer la forma en que tres pistolas entraron volando en su penal, aprovechando la niebla que sube del río casi todas las tardes. Era un paquete relativamente pequeño, muy bien acondicionado. Hay setenta u ochenta metros entre garita y garita... Lanzándolo a la mitad, ninguno de los guardias pudo ver nada, ¿no es cierto, Buck?

Felton contuvo una maldición.

—¿Cómo diablos te has enterado de ello? —rezongó.

—¿Piensas que tu fuga es un secreto? —rió «El Rata»—. El único que no lo sabe es Haraldson. Las apuestas están tres a dos a tu favor; casi igualadas, como puedes apreciar.

El carterista hizo una corta pausa.

—Además, os conviene un tipo como yo —se pavoneó—. Apenas hayáis salido del penal, necesitaréis un buen escondite. Y yo lo

tengo. ¿Qué, aceptáis el quinto miembro?

Buck Felton consultó con la mirada a sus compinches.

—Bueno, si es cierto lo del escondite —murmuró Durcay.

—Lo es —afirmó «El Rata».

—De acuerdo —accedió Fulton—. Pero harás todo lo que te digamos o, de lo contrario, le diré a Nancock que se entrene a cascar cráneos a puñetazos... ¡con el tuyo, «Rata»!

Las primeras hilachas de niebla empezaron a descender por el borde de la tapia.

—Ya llega la niebla —observó el carterista—. Oye, Buck.

—¿Qué quieres? —Gruñó el forajido.

—Cuando estés en condiciones de hacerlo, ¿a quién irás a ver primero: a Lizzy Brown o a Dea Lowries?

Dea Lowries era una muchacha alta, espigada, de cabellos negros, muy relucientes, que en ocasiones adquirirían tonos azulados, y ojos también intensamente negros. Contaba veintitrés años y no hacía mucho se había visto envuelta en la desagradable publicidad de un proceso, del cual había sido uno de los testigos principales.

La declaración de Dea había enviado a un peligroso asesino a la cárcel para el resto de sus días, junto con tres de sus más peligrosos compinches.

Poco después, había recibido un anónimo.

El forajido le anunciaba que se escaparía e iría en su busca para darle muerte. En un principio, Dea no había concedido importancia al anónimo.

Sin embargo, lo había puesto en conocimiento del oficial que se había encargado del caso, el teniente Kazallon, un muchacho de aspecto juvenil, que le había impresionado agradablemente.

Kazallon había tratado de disipar sus temores. Dea los había desechado y, durante algún tiempo, había hecho su vida normal.

Habían pasado las semanas y los meses, haciéndole olvidar aquel poco agradable pasaje de su vida. Un buen día, inesperadamente, había recibido el segundo anónimo.

De ello hacía menos de una semana. A partir de entonces, se había puesto muy nerviosa.

Sin embargo, no había querido informar a Kazallon. Temía que el oficial la considerase como una aprensiva.

Pero a medida que pasaban los días, sus temores iban en

aumento. Era una sensación indefinible, que colocaba a su ánimo en un estado de tensión difícilmente soportable.

Dea estaba en su casa. Acababa de volver del trabajo.

Después de asearse, encendió un cigarrillo. Dio dos o tres paseos por la habitación, mirando de cuando en cuando al teléfono.

¿Llamaría al teniente Kazallon? ¿Dejaría pasar por alto el segundo anónimo?

El timbre del teléfono repiqueteó de pronto, haciéndola sobresaltarse. Miró al aparato con ojos fascinados.

El timbre seguía sonando insistentemente. Al fin, tras unos momentos de vacilación, tomó el auricular y se lo llevó al oído.

—Diga —murmuró.

—¿Señorita Lowries? —Sonó una voz de hombre, un tanto chillona.

—Yo misma —contestó la muchacha.

—Prepárese —dijo el desconocido—. Buck saldrá pronto. No sé qué preferirá, si rebanarle el lindo pescuezo o regarle la cara con vitriolo. Yo de usted, me largaría de Drysdane al otro lado del mundo...; pero me temo que ni aun eso sea suficiente para escapar a la venganza de Buck.

Inmediatamente se cortó la comunicación.

Dea miró el auricular con expresión horrorizada.

Aquellos bandidos eran capaces de cumplir lo prometido.

Estaba aterrada.

Pasaron unos minutos. Al fin, se decidió y, tras golpear la horquilla, marcó el número de la Jefatura de Policía.

—Por favor —pidió—, con el teniente Kazallon. Es muy urgente. Esperó unos momentos. Al fin, sonó una voz.

—El teniente Kazallon ha salido. ¿Quién habla, por favor?

—Soy... soy Dea Lowries. ¿Dónde está el teniente?

—Lo siento, señorita Lowries, no puedo decírselo. Pero si quiere dejarle algún mensaje...

—No... no. Ya le llamaré más tarde —dijo la muchacha. Y colgó.

Se retorció las manos nerviosamente. ¿Qué hacer? Esperaría a ver a Kazallon. El oficial de policía la aconsejaría rectamente.

Era lo mejor, decidió por fin.

CAPÍTULO III

La niebla cubrió por completo el patio de la prisión.

—Bueno —dijo Buck Felton—, ha llegado la hora. Se pusieron en pie. A veinte metros de distancia, las siluetas de los presos parecían formas fantasmales.

A cuarenta metros, no se veía nada en absoluto.

Nancock se desabrochó la chaqueta y desenrolló la cuerda. Lanzó el gancho, procurando hacerlo con suavidad.

El gancho agarró el borde de la tapia.

—¡Arriba, pronto!

Japh McRoss trepó a los hombros del gigante. Agarróse a un nudo de la cuerda con ambas manos y se izó a pulso con singular facilidad.

Un gran silencio se hizo de pronto en el patio. Había muchos presos que contemplaban la operación con gran interés.

La mayoría, sin embargo, se apartaron de aquel lugar. Era muy posible que dentro de poco sonaran disparos. Las balas tenían malas bromas, a veces.

Hess Durcay siguió a continuación. Tras él, trepó «El Rata».

Buck Felton fue el siguiente. No lo hacía por generosidad hacia sus amigos.

Sabía que se produciría un tiroteo. Pero sus amigos recibirían las primeras descargas. Entretendrían al guardia de la torreta número tres, mientras él saltaba o alcanzaba la escalera que conducía a la plataforma de vigilancia.

Felton se puso a horcajadas sobre la tapia. Los otros tres se hallaban ya en el foso.

La escalera se encontraba a treinta metros de distancia. La garita encristalada era una forma apenas visible en la niebla.

Contorsionándose, Felton sacó ambas piernas fuera y se dejó resbalar. Quedó colgado por los brazos un instante y luego se soltó.

Sus pies tocaron el suelo de mala manera y cayó sentado primero y de espaldas después.

En aquel momento, Jim Connors, el guardia de puesto en la torreta número tres, creyó oír ruidos raros en la tapia.

Avanzó el cuerpo fuera de la barandilla protectora. Aquello que estaba viendo en el foso... ¿eran siluetas humanas?

Vaciló. De pronto, los bultos se definieron.

Sí, eran presos.

Intentaban fugarse, no cabía duda.

Connors quitó el seguro de la metralleta. En aquel instante, Japh McRoss, que iba en cabeza, le vio.

McRoss levantó la mano armada y apretó el gatillo.

Connors se tambaleó. Retrocedió un paso.

Pero consiguió afirmarse, a pesar del terrible ardor que sentía en el costado izquierdo.

McRoss alcanzaba ya el primer peldaño de la escalera. En aquel momento, llegó desde arriba un diluvio de balas.

McRoss giró sobre sus talones, chocó contra la tapia y cayó de bruces al suelo.

Nick «El Rata» se tendió boca abajo. A diez centímetros de su hombro izquierdo, una hilera de proyectiles se clavó en la tierra del foso, levantando una serie de rápidas nubecillas de polvo.

Detrás de él, arrodillado, Hess Durcay hizo fuego contra lo alto de la plataforma. Su bala alcanzó a Connors en el hombro derecho, lanzándolo de espaldas.

—¡Adelante! —aulló, ebrio de alegría.

Empezó a trepar los peldaños, después de haber saltado por encima de los cuerpos de McRoss y de «El Rata». Había unos veinticinco peldaños y salvó veinte en un santiamén.

Su torso asomó a la plataforma. En aquel instante, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, Jim Connors se sentaba en el suelo, empuñando de nuevo la metralleta.

La sirena de alarma aullaba estridentemente. La mayoría de los presos se habían tumbado en el suelo del patio, sobre todo, al pie de los muros. El tiroteo era intensísimo.

Los guardias de las torretas dos y cuatro maldecían profusamente, con las armas en la mano. La niebla les impedía ver lo que estaba sucediendo.

Sólo podían oír los disparos y los gritos.

Jim Connors disparó de nuevo, destrozando el pecho de Durcay a tres pasos de distancia. Durcay pegó un salto hacia atrás y empezó a caer por la escalera, dando volteretas.

En aquel momento, Nancock, el gigantón, se colocaba a horcajadas sobre la tapia.

El guardia de la torreta número cuatro, Phil Serra, era un tipo inteligente. Presumió lo que estaba pasando.

Arrodillándose, apuntó con todo cuidado al borde de la tapia interior. Su ráfaga de balas fue descrestando el borde, a medida que el arma se movía en abanico.

De pronto, tres proyectiles alcanzaron los riñones de Nancock.

El gigante lanzó un feroz aullido. Mantúvose unos segundos a caballo sobre la barda del muro y luego se venció pesadamente hacia adentro, estrellándose contra el suelo del patio. Quedó inmóvil.

Entretanto, Felton se lanzaba hacia la escalera.

Tres de sus compañeros habían caído ya en la intentona. ¿Iba a quedarse encerrado en aquel infierno?

Ya no le podían poner más pena de la que tenía. Moriría antes de cumplirla toda, aunque viviese medio siglo. Por tanto, o escapaba ahora o le mataban.

Jim Connors se desmayó de pronto. El dolor y el choque producido por los dos balazos recibidos, le privaron del sentido. Cayó de espaldas y se quedó quieto.

El paso estaba libre.

Felton se disponía a tirar contra el guardia. Al verlo caer, lanzó un aullido de alegría.

Trepó por la escalera a toda velocidad, empuñando la pistola por si la caída de Connors era un truco. Al llegar arriba, vio la sangre que brotaba del cuerpo del guardia.

Sonrió duramente, mientras se abalanzaba hacia el otro lado de la plataforma. Sus amigos habían hecho un buen trabajo... ¡Valientes imbéciles!

Nick «El Rata» vio que Felton corría escaleras arriba. Se puso en pie y le siguió, desdeñando las pistolas que estaban al alcance de su mano.

Si le atrapaban, su recargo sería mucho menor cuando viesan

que estaba desarmado. Además, las pistolas le habían inspirado siempre un gran horror. Su especialidad eran los autobuses y los vagones del «metro»... y las carteras de sus pasajeros.

Pero ¿quién desaprovechaba tura o oportunidad tan estupenda de eludir el cumplimiento de los seis años de cárcel que le quedaban?

Alcanzó la plataforma, en el momento en que Felton se disponía a saltar al otro lado. Le siguió.

El timbre del teléfono de la torreta sonaba insistentemente. No había quien contestase.

La altura de la tapia en aquel punto era de cinco metros y medio. Había una hierba espesa y abundante, que amortiguó la caída de los dos hombres.

Felton y «El Rata» se incorporaron de inmediato.

—¡A correr! —dijo el primero, uniendo la acción a la palabra.

Se lanzaron hacia adelante a toda velocidad. Felton conocía el lugar exacto donde estaría Marty Way con el auto.

De repente, cuando habían recorrido cincuenta metros, la niebla aclaró de golpe, casi sin transición.

Felton lanzó un horrible juramento, que se transformó en un aullido de júbilo cuando vio un coche negro a pocos pasos de distancia.

Marty Way se apeó. Llevaba en las manos una metralleta.

—¡Los guardias! —gritó.

Felton se volvió. El penal era ahora claramente visible.

—Tírales —gritó.

Marty Way avanzó un par de pasos. Levantó la metralleta y envió una ráfaga contra la torreta número cuatro.

Los proyectiles destrozaron la mayoría de los vidrios. Phil Serra trató de arrodillarse, pero una bala le alcanzó en el brazo derecho, arrancándole la metralleta de las manos.

Sin embargo, tuvo la suficiente presencia de ánimo para tenderse de bruces y evitar así la segunda ráfaga, que terminó de volar los cristales.

Marty Way se volvió hacia la garita número dos, la cual seguía parcialmente envuelta en la niebla. Lanzó una ráfaga, pero en el mismo instante, llegaron seis u ocho balas hasta su cuerpo.

El forajido chilló espeluznantemente. Levantó los brazos y lanzó la metralleta a distancia. Luego cayó de bruces.

El guardia de la torreta número dos quiso seguir disparando. La metralleta se le encasquilló repentinamente.

—¡Adentro! —vociferó Felton, lanzándose al coche.

«El Rata» no se lo hizo de rogar. Felton arrancó inmediatamente; el motor estaba en marcha.

Embragó y pisó el acelerador, haciendo virar al coche sobre la hierba de la colina. El rasgón en la niebla desapareció en aquellos instantes, ocultándoles a la vista de los guardias que acudían a reforzar las torretas.

El coche se detuvo frente a la casa donde vivía *Dusty* Fulligan.

Kazallon se apeó, seguido del sargento Dewes y del agente Walters.

—Dewes, vaya por la escalera de incendios —ordenó—. Hemos de impedir que ese tipo se nos escurra.

—Sí, señor.

—Usted, Walters, sígame.

Los dos hombres se dirigieron hacia la casa, una vieja construcción de ladrillo rojo, patinada de oscuro por el paso del tiempo.

Entraron. La portera, una mujer gruesa, de rostro grasiento, les salió al paso.

Kazallon le enseñó la placa.

—Venimos en busca de un inquilino —dijo—. Permanezca aquí y no se mueva.

—Está bien —contestó la mujer, amedrentada.

—Vamos —dijo el joven, lanzándose escaleras arriba.

Los dos hombres subieron los peldaños de dos en dos. *Dusty* Fulligan vivía en el tercer piso.

Era un hombre que hacía vida nocturna. A aquellas horas tenía que estar en casa, durmiendo.

Pronto alcanzaron la puerta. Kazallon asió el picaporte. Estaba cerrada con llave.

Golpeó la madera con los nudillos fuertemente. Insistió hasta que se oyó una voz en el interior.

—¿Quién es?

Kazallon conocía la voz del rufián.

—Policía. Abre, *Dusty*.

Al otro lado de la madera sonó una maldición. Luego se oyeron pasos precipitados.

De pronto, sonó un disparo.

La bala abrió un agujero en la madera, arrancando una larga astilla. Pasó entre los dos hombres, quienes dieron un salto atrás simultáneamente.

—¡Váyanse al diablo, polizontes! —aulló el forajido. Kazallon y Walters se miraron. Ambos tenían ya sus revólveres en la mano.

—Esperemos unos segundos —murmuró el primero—. Dewes no tardará en actuar.

Levantó la voz.

—¡*Dusty*! No queremos hacerte daño. Sólo tratamos de hablar unos momentos contigo.

Sonó otro disparo.

—*Dusty* tiene la conciencia hecha un asco —comentó el joven, sonriendo—. De otro modo, no nos recibiría a tiros.

El sargento Dewes oyó los disparos cuando llegaba a la plataforma que correspondía a la ventana del piso que ocupaba el forajido. Sacó el revólver y, con toda suavidad, levantó el bastidor.

Metió primero una pierna y luego la otra, sin hacer ruido. Estaba en el dormitorio del pandillero, que hedía abominablemente.

Sobre una silla vio un papel pringoso con restos de comida. Dos latas vacías de cerveza brillaban al pie de la cama, entre numerosas colillas.

Encima de la mesita de noche vio una botella de *whisky* a medio consumir. Las ropas de la cama estaban revueltas. Las sábanas tenían un color oscuro. Necesitaban un buen lavado.

Avanzó hacia la estancia contigua, pisando de puntillas. Entreabrió la puerta.

—¡*Dusty*! —llamó de pronto.

El pistolero se volvió y tiró contra el sargento. Dewes devolvió el fuego.

Fulligan retrocedió violentamente, tropezó con un sillón y lo volcó, cayendo con los pies por alto.

Se retorció, intentando alcanzar la pistola que se le había escapado de los dedos. Dewes la alejó de un puntapié.

—Vamos, *Dusty*, ya está bien —dijo. Alzó la voz—: ¡Teniente, soy Dewes! Voy a abrirles.

Instantes después, Kazallon y Walters entraban en el piso.

Kazallon apreció la situación de una rápida ojeada.

—Idiota —dijo a media voz, apretando las mandíbulas.

—Voy a llamar una ambulancia —sugirió Walters, acercándose al teléfono que había sobre una mesita.

Kazallon dio una orden:

—Dewes, no deje que nadie entre en el piso.

—Bien, teniente.

Kazallon se arrodilló al lado del herido. Le abrió la camisa. Hizo una mueca.

La bala había entrado por el lado izquierdo del pecho. Por milímetros no había alcanzado el corazón.

Pero era una herida de muerte. Fulligan estaba condenado.

—*Dusty*, te han pegado bien —le dijo.

—Cochinos... —jadeó el moribundo.

—Tú enviaste tres pistolas a Buck Felton, ¿no es eso? —preguntó Kazallon.

Un gesto de sorpresa apareció en los ojos del forajido.

—¿Qui... en se lo ha dicho? —quiso saber.

—No importa ahora. Contesta antes de que sea demasiado tarde.

—Bien... estoy listo así que... Sí, le envié las pistolas... voz de Fulligan se debilitaba por momentos.

—¿Es bueno el plan de fuga? —preguntó el teniente.

Tratándose de Felton era preciso suponer que lo fuera. Con tres pistolas en su poder, el forajido conseguiría escaparse, si el director Haraldson no actuaba a tiempo.

—Sí... se... se escaparán... Han tenido que hacerlo ya...

¿Habría llegado Haraldson a tiempo de evitar la fuga?

—¿A dónde piensan dirigirse cuando escapen? —insistió el joven.

—Cabaña... —La voz de Fulligan era poco más que un soplo apenas audible—. Blue... Ridge...

De repente estiró el cuerpo, dobló la cabeza a un lado y murió.

De la calle subió el estridente ulular de una sirena.

CAPÍTULO IV

El director Haraldson colgó el teléfono. Ahora, el capitán Malcolm, de la policía estatal, quedaba avisado de la fuga.

Lo que ocurriese, a partir de aquel momento, era de la incumbencia del capitán Malcolm. Aunque, le parecía, el teniente Kazallon también tendría que actuar.

Seguro que Buck Felton se dirigiría a Drysdane. Trataría de cumplir su promesa y vengarse de los testigos que le habían enviado a presidio.

Era preciso avisar al teniente Kazallon. Iba a hacerlo, cuando entró O'Callaghan.

El duro rostro del jefe de vigilantes aparecía sombrío.

—¿Los heridos? —preguntó Haraldson.

—Sanarán. Jim Connors está bastante fastidiado, sin embargo. Phil Serra sólo tiene taladrado un brazo. En dos semanas, quedará como nuevo.

Haraldson respiró. Las consecuencias políticas del hecho le importaban menos que las vidas de sus hombres. Se le hubiese hecho insoportable que un vigilante hubiese muerto por el ansia de evasión de unos forajidos locos.

—Me alegro —dijo simplemente.

—Todos los demás, están muertos —siguió O'Callaghan—. Incluso el cómplice que aguardaba a Felton en el exterior. Pat Hogan le metió cinco balas en el pecho. Felton y «El Rata» no hubieran escapado, si el arma no se le encasquilla.

—Averigüe por qué se le encasquilló. Si es un defecto no imputable a él, no le haga nada. En caso contrario, impóngale un mes de recargo en el servicio.

—Sí, señor —contestó O'Callaghan, impasible.

Haraldson dio dos paseos por la habitación, cortos, nerviosos.

De pronto se dirigió a la mesa y dio un puñetazo lleno de ira

sobre el tablero.

—Ahora verán los señores de la comisión estatal de Prisiones que yo tenía razón —bramó—. Darán el dinero para la modificación de los accesos a las torretas, tal como les había sugerido, pero mientras tanto, se ha producido ya un gran escándalo: una fuga a tiro limpio, dos guardias heridos, dos penados evadidos y cuatro muertos. ¿Era que estaban esperando una cosa semejante para la concesión del presupuesto?

Hizo una pausa, giró sobre sus talones y se encaró con el jefe de guardias.

—¡Y ni siquiera es seguro que lo concedan ahora, Dick!

—Darán el dinero, señor —aseguró O'Callaghan persuasivamente.

—Ojalá sea así —dijo el director. Se quedó pensativo un momento—. Me pregunto por qué tenía Felton tanto interés en evadirse.

—Lo dijo siempre: quería vengarse de los testigos que le enviaron a presidio, señor.

—A mí me parece que debe haber algo más en el fondo de todo esto. ¿Sólo por vengarse de tres personas decentes ha arrojado una lluvia de balas antes de conseguir evadirse?

—Bien, señor, el caso es que lo ha hecho —dijo el jefe de guardias en tono pesimista.

—¿Y «El Rata»? ¿Por qué diablos un sujeto como ése, que nunca había tenido nada que ver con criminales empedernidos, se ha unido a la evasión... consumándola, además?

—No lo sé, señor; también a mí me parece sumamente extraño.

Haraldson se paseó de nuevo por el despacho. De pronto, se detuvo y señaló el teléfono.

—Dick, comuníqueme con el teniente Kazallon, se lo ruego.

—Al momento, señor.

Steve Kazallon escuchó sin pestañear el informe del director de la penitenciaría.

—Lo siento, director —manifestó—. Le pasé el aviso apenas tuve conocimiento de que las pistolas estaban dentro de su establecimiento.

—¿Quién se lo dijo a usted? —quiso saber Haraldson.

—Hacía tiempo que me rondaba por la cabeza conocer las

intenciones de Felton. Es un sujeto rencoroso, vengativo... Uno de mis agentes consiguió un buen informe. Lo crea o no, me enteré minutos antes de participárselo a usted, director.

—Lo que no me explico es cómo diablos pudieron entrar las pistolas en la prisión, teniente.

Kazallon se lo aclaró.

—*Dusty* Fulligan se resistió al arresto y nos tiroteó. Uno de mis hombres se vio obligado a dispararle y lo mató —añadió.

—¡Ese Felton no pagaría con cien vidas las muertes que se han producido por su culpa! —exclamó Haraldson, rabioso, antes de colgar.

Apenas se había cortado la comunicación, entró Walters en el despacho.

—Teniente, la señorita Lowries quiere hablarle. Dice que es urgente.

—Muy bien. Hágala pasar, Paul.

Kazallon se puso en pie para recibir a Dea.

Recordaba a la muchacha con agrado. Se había sentido gratamente impresionado por su serena belleza y su comedido comportamiento en todo momento, pero muy especialmente durante su declaración como testigo en el juicio que había enviado a la cárcel a Felton y sus pandilleros.

En más de una ocasión se había sentido inclinado a cultivar la amistad de Dea, pero unas veces por exceso de trabajo y otras por cierta timidez, no había dado ningún paso en tal sentido. Ahora se alegraba de que ella viniese a verle al despacho.

Dea entró. Kazallon se dio cuenta en el acto de que la serenidad que siempre había ostentado la muchacha, ya no existía.

—Teniente —saludó Dea.

—Siéntese, por favor, señorita Lowries —indicó él amablemente.

Dea obedeció, colocando el bolso sobre sus rodillas. Sus grandes ojos negros le miraron con expresión de súplica.

—Teniente —dijo—, recordará que hace meses recibí un anónimo amenazándome.

—En efecto.

—Usted me dijo que era fruto del despecho y la rabia de Felton.

—Eso pensaba yo en aquel momento —convino Kazallon.

—Resulta ahora que me envió otro hace una semana. Y esta

misma tarde, alguien me llamó por teléfono.

El cuerpo de Kazallon se puso tenso.

—Me imagino que no diría su nombre.

—No.

—¿Recuerda cómo era la voz?

—Chillona, estridente. Aparte del tono de insulto que empleaba.

—*Dusty Fulligan*, no cabe duda —murmuró Kazallon—. Ya no amenazaré más a nadie.

—¿Decía usted, teniente? —preguntó la muchacha.

Kazallon la miró de frente.

—¿Qué le dijo su comunicante?

—Felton se iba a escapar. Añadió que se lo pensaría entre cortarme el cuello o regarme la cara con vitriolo... He creído conveniente informarle a usted, teniente.

—Ha hecho bien, señorita Lowries —apreció el joven—. Y le diré una cosa: Felton ha conseguido evadirse.

La cara de Dea perdió el color.

—¡Dios mío! —musitó, aterrada.

—Estamos tratando de cerrarle el paso a Drysdane —manifestó Kazallon—. Pero somos humanos y pudiéramos fallar. Felton es capaz de cumplir sus amenazas. En mi opinión, convendría que usted abandone la ciudad por una temporada, a fin de evitarle encuentros desagradables. Voy a sugerir también lo mismo a los señores Wallace, quienes, como recordará usted, fueron también testigos de cargo en el juicio contra Felton.

—No puedo dejar la ciudad, teniente —declaró la muchacha.

—¿Por qué? Se trata solamente de una medida de seguridad.

—Lo siento. Por ahora, prefiero callar. Pero he de permanecer en Drysdane.

Kazallon hizo una mueca. No le gustaba la actitud de la muchacha.

—Está bien. No puedo obligarla a obrar en contra de su voluntad, pero ello me obligará a asignarle un agente para su protección. No podemos correr riesgos, compéndalo.

—¿Es necesario? —preguntó Dea.

—Absolutamente.

Hubo una pausa de silencio. De pronto, Kazallon se inclinó hacia el interfono y tocó una palanquita.

—¿Teniente? —Sonó una voz.

—Que venga el agente Ewyll —ordenó el joven.

—Bien, señor.

Momentos más tarde, un hombre de unos cuarenta años, fuerte y corpulento, penetraba en el despacho.

—Ewyll, le presento a la señorita Lowries. Señorita, el detective Ewyll.

Dea y el policía se saludaron brevemente.

—Ewyll —siguió Kazallon—, a partir de este momento, se va a convertir usted en la sombra de la señorita Lowries, no abandonándola un solo instante por ningún concepto.

—Tengo que acudir a mi trabajo —protestó la muchacha.

—El detective Ewyll la acompañará al trabajo —afirmó Kazallon, impasible—. A menos que prefiera abandonar la ciudad.

—No —contestó ella—. Me quedaré en casa. Dejaré de trabajar por unos días. Avisaré que me siento indisputada.

—Es una buena idea —aprobó el joven—. Y, señorita Lowries...

—Dígame, teniente.

—Espero que las causas que la obligan a quedarse en Drysdane no estén relacionadas de algún modo con Felton. Sentiría mucho que, por no hablar, se convirtiese usted en cómplice involuntaria de ese asesino.

El labio inferior de la muchacha tembló.

Se puso en pie sin decir nada y, tras una ligera inclinación de cabeza, salió en silencio.

Kazallon y Ewyll se miraron. El primero se puso el índice bajo el ojo derecho.

Ewyll hizo un signo aprobatorio. Había comprendido la señal que le hacía el joven.

Debía vigilar a Dea no sólo de su enemigo, sino también todos sus actos.

Poco después, Kazallon se puso en pie y salió.

El sargento Dewes y el detective Walter esperaban en el antedespacho.

—Paul, usted se vendrá conmigo —dijo—. Vamos a ver al capitán Malcolm. Dewes, nombre un agente para proteger a los señores Wallace. Si prefieren abandonar la ciudad, mucho mejor para todos.

—Bien, señor.

El sedán negro volaba más que corría por la llana autopista.

Crispadas las manos sobre el volante, Felton mantenía la vista fija sobre el camino, que se ensanchaba continuamente a ambos lados del coche, para estrecharse luego a su cola.

La aguja oscilaba de continuo entre los ciento diez y ciento veinte a la hora.

—Buck —dijo «El Rata», aprensivo.

—¿Qué quieres? —Gruñó el forajido.

—Debieras moderar la marcha. Oh, no es que desconfíe de ti como conductor... pero corremos demasiado y podríamos llamar la atención de alguna patrulla de tráfico.

—Es que quiero llegar cuanto antes a un cruce que yo me sé, para dirigirme al escondite que tengo preparado hace tiempo —alegó Felton hoscamente.

—¡Un cruce! —«El Rata» se sobresaltó—. ¡Rayos, Buck, a estas horas, los hombres del capitán Malcolm han levantado barreras en todos los cruces!

—No en el que yo digo —rezongó el pistolero obstinadamente.

—Te dije que yo tenía un buen escondite. ¿Por qué, si no, crees que me escapé con vosotros?

Felton le dirigió una rápida mirada.

—«Rata», cuando tengamos tiempo, tú y yo hablaremos más extensamente. Tu ayuda no me parece tan desinteresada como tratas de aparentar.

—Buck, por favor...

—¡Oh, cállate ya, «Rata»! Anda, conecta la radio. Tal vez den ya noticias nuestras.

El carterista obedeció. Fue buscando estaciones que sólo emitían música, hasta que encontró una que estaba dando noticias de la fuga.

—... tres de los reclusos que intentaron evadirse, han muerto, así como el cómplice que les esperaba en el exterior, provisto de un automóvil, con el que Buck Felton y otro penado, consiguieron escapar. Dos de los guardias resultaron heridos, aunque no mortalmente...

—¡Esos tipos! ¡Nunca supieron tirar! —exclamó Felton despectivamente.

El locutor de radio continuó:

—El capitán Malcolm, de la Policía estatal, ha declarado que ya tiene cerrados todos los accesos a Drysdane, ciudad a la cual, según se cree, se dirigen los fugitivos. Se han establecido también barreras en los principales cruces de caminos...

—Cierra, «Rata».

La voz del locutor se apagó instantáneamente.

—¿Lo ves, Buck? —dijo el carterista.

—El cruce que da al camino que lleva a mi escondite, no está vigilado —insistió Felton tercamente.

—Conforme —dijo «El Rata»—. ¿A qué distancia estamos de ese sitio?

Felton se lo dijo. «El Rata» lanzó una mirada al indicador de la gasolina.

—No llegaremos —anunció.

—¿Cómo dices? —bramó Felton.

—Lo que oyes —respondió el carterista.

Felton guardó silencio durante unos momentos. Su mente funcionaba con gran actividad.

De pronto, divisaron una furgoneta que rodaba a marcha moderada por delante de ellos.

—Vamos a ver si solucionamos ese problema —dijo Felton.

Alcanzó a la furgoneta. Su cabina iba ocupada por dos sujetos de mediana edad y aire aburrido, que les dirigieron una mirada indiferente.

Felton exploró la carretera. En aquellos momentos no se veía ningún vehículo. A derecha e izquierda, había bastantes matorrales.

—Bueno, vamos a reponer la gasolina —exclamó—. Y de paso, ya que a ese maldito idiota de Marty Way no se le ocurrió, nos cambiaremos de ropa.

Golpeó el volante hacia su derecha, cerrando el paso a la furgoneta.

CAPÍTULO V

Steve Kazallon entró en la oficina del capitán Malcolm, a quien estrechó la mano.

Un sargento de la policía de tráfico atendía el teléfono en aquellos momentos. Malcolm se hallaba delante de un gran mapa, en el que se reproducían los caminos del Estado con toda fidelidad.

—¿Alguna noticia, capitán? —preguntó el joven.

—Ninguna, por ahora —respondió Malcolm—. Es demasiado pronto para que hayan alcanzado alguna de las barreras que he montado.

—Ya es de noche —observó Kazallon—. Hace varias horas que se fugaron.

—Es todo lo que puedo decirle, teniente.

—Yo sé algo más, capitán. Sé a dónde, probablemente, se dirigen esos dos pillos.

Se acercó al mapa y señaló un punto con el dedo.

—Aquí, a Blue Ridge —dijo—. Tienen una cabaña que les servirá de escondite.

Malcolm torció el gesto.

—Blue Ridge es una «mesa» de bastantes kilómetros de largo. Hay, al menos, dos centenares de cabañas de caza. Encontrarles, sería tanto como hallar una aguja en un pajar.

Kazallon volvió a mirar el mapa.

—Están siguiendo esta ruta —la indicó—. Tienen que desviarse hacia el Norte y sólo veo dos caminos probables. Bloqueen los dos.

—Están bloqueados también, teniente. Pero es muy posible que, a estas horas, se hayan adentrado ya en Blue Ridge. Si usted conoce aquel paraje, sabrá que una persona puede esconderse allí durante años enteros, sin ser hallada.

Kazallon torció el gesto. Malcolm tenía razón.

Blue Ridge era una inmensa meseta cubierta de pinos y abetos,

que formaban una vegetación copiosísima. Tema unos veinte kilómetros de largo por diez de ancho y había numerosos barrancos, cañones y hondonadas en sus laderas, que constituían un laberinto inextricable, en donde una persona podía perderse —o esconderse—, sin ser hallada jamás.

Había agua en abundancia, procedente de numerosos arroyos. Las cabañas de caza y recreo abundaban por todas partes, debido a la belleza del paraje.

—*Dusty* murió sin indicar exactamente cuál es la cabaña —murmuró el joven, pensativamente.

De pronto, sonó el teléfono. El sargento ayudante, levantó el aparato, escuchó unos instantes y luego, tapando el micrófono con la mano, dijo:

—Noticias de los evadidos, capitán.

Los dos oficiales se volvieron en el acto.

—Hable, sargento —pidió Kazallon.

—Una de nuestras patrullas encontró a dos granjeros, a la altura de la milla 72, en la carretera federal 32. Son dos hermanos...

—Abrevie —ordenó Malcolm, impaciente.

—Bien, los fugitivos les sorprendieron y les hicieron descender de su furgoneta a punta de pistola. Les desvalijaron por completo, incluso quitándoles las ropas y luego escaparon con su vehículo.

—Pregunte la matrícula —dijo Kazallon vehementemente.

El sargento habló brevemente a través del aparato. Luego miró al joven:

—La matrícula es
6C-0831,
señor.

—Con eso no adelantamos nada —opinó Malcolm—. A estas horas, ya se han internado en las primeras estribaciones de Blue Ridge. —Miró al sargento—. Ordene a las patrullas que exploren los caminos que conducen a Blue Ridge en dirección Norte.

—Sí, señor...

—¡Espere un momento! —exclamó Kazallon.

El sargento le miró.

—¿Teniente?

—Hágame el favor... Que pregunten a los granjeros si su furgoneta está provista de receptor de radio.

—Bien, señor.

Un momento después tenían la respuesta.

—Sí, lleva un aparato de radio.

Kazallon hizo un gesto. El sargento colgó.

—Ya tengo el medio para evitar que esos sujetos lleguen a la cabaña y no sólo a ésta, sino a cualquiera de las demás —dijo, con los ojos muy brillantes—. Vamos a obligarles a que vuelvan a la carretera.

—¿Cómo? —quiso saber Malcolm.

—Tendrán la radio conectada —respondió Kazallon—. Es lógico, cualquiera lo haría en sus circunstancias.

—¿Y...?

—Dé un comunicado a la Prensa y a las emisoras de radio. Diga que *Dusty Fulligan* habló antes de morir y comunicó la ubicación exacta de la cabaña donde piensan refugiarse los fugitivos. Añada también, aunque no sea cierto, que se han pedido varios helicópteros de combate a la base aérea que tenemos al sur de la ciudad. Añada que esos helicópteros de asalto irán provistos de bengalas iluminantes de guerra para descubrir la furgoneta. Volverán al camino, se lo aseguro, capitán.

Malcolm dudó un momento. Al fin accedió:

—Espero que de buen resultado —dijo, alargando la mano hacia el teléfono.

El día había sido muy agitado, pero Steve Kazallon no quiso retirarse a descansar sin antes haber hecho una visita.

Sus motivos eran dobles: profesionales y particulares. Quería ver a Dea Lowries tanto por tratar de enterarse de las causas que obligaban a la muchacha a quedarse en Drysdane, como por verla a ella misma.

El detective Ewyll en persona salió a recibirle. La mano derecha del hombretón estaba dentro de su chaqueta.

—Hola, teniente —saludó—. Todo sin novedad.

—Me alegro —contestó él—. ¿Se ha acostado ya la señorita Lowries?

—No. Está contemplando la televisión.

A oídos del joven llegaron el frenético tableteo de unos cascos de caballo y los estampidos de unas armas de fuego.

Sonrió. En determinados momentos una película de vaqueros podía constituir un buen sedante.

Se quitó el sombrero y pasó a la habitación contigua.

Dea se puso en pie al verle entrar.

—Buenas noches, teniente —saludó.

Vestía un sencillo «*pullover*» de color gris claro y una falda azul. A Kazallon le pareció más bonita que nunca. Sobre todo, el pelo negro de la chica le tenía robado el corazón.

—Lamento interrumpirle el espectáculo —dijo él—. Siga, por favor. Hablaremos cuando haya terminado la película.

Dea sonrió y volvió a sentarse. Detrás de ella, en pie, Kazallon encendió un cigarrillo.

Ella levantó la mano.

—Démelo, por favor.

—Claro.

Dea fumó con más tranquilidad de la que había esperado Kazallon. Seguramente, pensó, la compañía del detective Ewyll había calmado sus aprensiones.

La película terminó poco después.

Dea apagó el televisor y se volvió hacia su visitante.

—¿Quiere una taza de café, teniente?

—Bueno —aceptó Kazallon.

Dea vino minutos después, con el servicio correspondiente, que depositó sobre una mesita baja.

—Llamaré a Ewyll —indicó.

—No. Prefiero que hablemos a solas.

Ella le dirigió una rápida mirada. Luego empezó a verter el café.

—Como quiera —accedió.

Kazallon encendió un nuevo cigarrillo. Se inclinó hacia adelante.

—Usted declaró en el juicio contra Felton —manifestó.

—No es un secreto —respondió Dea sosegadamente.

—Tan sólo tres personas declararon contra Felton y su cuadrilla: usted y los esposos Wallace. Éstos declararon haber recibido numerosas amenazas de muerte por parte de los pandilleros libres de Felton.

—Lo recuerdo, teniente.

—El señor Wallace declaró que era ya viejo y que había vivido lo suficiente para que la muerte no le impresionase ya. Su esposa

dijo lo mismo. Quería compartir la suerte de su esposo, cualquiera que fuese.

—Un amor así inspira envidia, ¿no le parece, teniente? —sonrió Dea.

—Claro. Pero hablemos de usted.

—Desde luego. Soy joven, no mal parecida y, salvo una posible anomalía, tengo toda la vida por delante. Debía haberme callado en el estrado de testigos, ¿no es así?

—Todo el mundo esperaba que lo hiciese.

—Pero declaré. ¡Y ojalá hubiera sabido más cosas de ese odioso sujeto para haber conseguido una condena a muerte!

La súbita explosión de ira de la muchacha, sorprendió a Kazallon vivamente.

Una de las cosas que más le habían gustado siempre en Dea Lowries era su mesura, su ponderación. ¿Por qué aquellas palabras que expresaban una animadversión invencible?

—¿Le odia? —preguntó.

Dea le dirigió una larga mirada.

—Sí —respondió.

—¿Por qué?

Ella le volvió la espalda. Sus dedos, largos, sensitivos, se pusieron a jugar con las flores de un búcaro cercano.

—Eso es cuenta mía. Se me pidió que declarase y lo hice. No tiene derecho a exigirme más.

—Pero sí a saber cuánto es necesario para concederle toda la protección posible.

—Ya tengo ahí afuera a un agente. No necesito más.

Kazallon estaba asombrado ante la inesperada resistencia que le oponía Dea.

—Escuche —dijo, armándose de paciencia—, si sabe algo más de Felton dígame, por lo que más quiera. Tal vez así evitemos la comisión de más crímenes. Está loco por vengarse de usted y no parará en medios con tal de conseguir sus propósitos. Los Wallace —mintió—, han accedido a salir de la ciudad...

—Pero yo me quedo —contestó Dea, volviéndose bruscamente—. Que venga, si le apetece. Estaré aquí.

«Esto no cuadra mucho con las aprensiones y el nerviosismo que ostentaba cuando vino a verme a la Jefatura», pensó Kazallon.

—Usted no me ha entendido bien —insistió—. Si se trata de alguna cosa que no se refiera a usted estrictamente, tal vez podamos...

—La cuestión entre Felton y yo es estrictamente personal —declaró Dea enfáticamente—. No me buscará en otra parte, téngalo por seguro.

—Pues no lo entiendo —dijo él con toda franqueza.

—Lo siento, teniente. ¿Algo más?

Dea se irguió y puso las manos a la espalda, adelantando levemente la rodilla izquierda. Su gesto era altivo, desafiador.

Kazallon aplastó el cigarrillo contra el cenicero.

Se puso en pie y la miró fijamente.

—No. Nada más. Pero ojalá que no tenga que limpiarse usted la cabeza de la sangre que pueda verter Felton en su ansia por buscarla.

Giró sobre sus talones y abandonó el piso, sin darle tiempo a contestarle.

En la calle, consultó su reloj. Eran las once y media de la noche.

La conversación con Dea le había puesto nervioso. Resolvió dirigirse a la Jefatura.

El sargento Dewes había terminado su servicio. Le sustituía el sargento Meeker.

—¿Noticias de los fugitivos?

—Ninguna por ahora, señor.

Felton reflexionó irnos instantes.

—Escuche, Meeker —dijo—, mañana por la mañana, apenas llegue el sargento Dewes, encomiéndele de mi parte que haga una investigación exhaustiva de todos, absolutamente todos, los antecedentes de Dea Lowries. No sabemos mucho de ella; apenas lo corriente... lo que se dijo en el juicio, pero tiene que haber algo más que ignoramos. Que lo averigüe: en su trabajo, con sus amistades... ¿Ha comprendido, Meeker?

—Sí, señor.

El teléfono sonó en aquel momento. Meeker levantó el aparato.

Escuchó unos momentos con viva atención. Luego volvió el teléfono a la horquilla.

—Era el capitán Malcolm, señor.

—¿Y bien?

—Los fugitivos han tenido un encuentro con dos de los hombres de Malcolm. Hirieron a uno, pero consiguieron escapar.
Kazallon dejó escapar una rotunda maldición.

CAPÍTULO VI

Buck Felton metió la camioneta por el angosto camino que, bordeado de una espesa vegetación, ascendía serpenteando por las estribaciones de Blue Ridge.

El golpe contra los granjeros había resultado perfecto.

Les habían despojado de su indumentaria —a «El Rata» le venían grandes las prendas que llevaba—, y además, habían encontrado mil doscientos dólares que llevaba uno de los propietarios del vehículo.

La furgoneta tenía una lata de repuesto, llena de combustible. Tenían gasolina, por tanto, para varios centenares de kilómetros. Era un cacharro viejo, pero bien cuidado.

La velocidad tenía que ser forzosamente reducida. Su avance se hizo más lento.

Pasaron irnos minutos. De pronto, Felton preguntó:

—¿Lleva radio este trasto?

«El Rata» alargó la mano y conectó el receptor. Las notas musicales de una conocida melodía invadieron la cabina.

—Mira a ver si dan noticias en alguna parte.

«El Rata» exploró las emisoras. De pronto, se oyó la voz de un locutor que emitía un boletín informativo.

»Acabamos de asistir a una conferencia de Prensa que ha dado el capitán Malcolm, de la Policía del Estado. Según ha manifestado, uno de los cómplices de Buck Felton, muerto en un tiroteo con la policía de Drysdane, pudo hablar antes de morir y declaró el lugar adonde se dirigen los fugitivos en Blue Ridge...

—¡Condenado soplón! —renegó Felton, frenando el auto en seco.

—El capitán Malcolm añadió que, por si los fugitivos pudieran esconderse en alguna de las numerosas cabañas que hay en esa zona, ha pedido auxilio a la base aérea más próxima a Drysdane.

Sabemos de buena fuente que se están alistando varios helicópteros de asalto, provistos en especial de bengalas iluminantes, especiales para los combates nocturnos...

—¡Cierra! —rugió «El Matador».

La voz del informador se extinguió en el acto.

Los dos pandilleros se miraron a la verdosa luz del tablero de instrumentos.

—Ya te lo decía yo —habló «El Rata» quejumbrosamente—. Mi escondite es mucho mejor...

Felton reflexionó con rapidez.

—¿Dónde está? —preguntó.

«El Rata» se lo dijo.

—Pero tendremos que entrar en Drysdane —alegó Felton.

—No será fácil, pero si lo conseguimos, no nos encontrará allí nadie, te lo aseguro. Podrás dejar pasar unos días, incluso que lleguen a creer que has abandonado tus intenciones. Después, harás lo que quieras y nadie te lo impedirá.

Hubo un momento de silencio. Luego, Felton puso el motor nuevamente en marcha.

—Está bien —dijo lacónicamente—. Iremos a tu escondite.

Maniobró para hacer girar la furgoneta. Estaba terminando de dar la vuelta cuando, de pronto, «El Rata» lanzó una exclamación:

—¡Apaga las luces, pronto!

Felton obedeció.

—¿Qué pasa?

—Mira hacia abajo.

Una luz blanca oscilaba irregularmente, apagándose y encendiéndose con distintas alternativas.

Pero cada vez que aparecía, su resplandor era más intenso.

—Es un coche de los de tráfico —aseguró el carterista—. Mientras alistan los helicópteros, ellos vienen a explorar por Blue Ridge.

—¡Condenado *Dusty*! —rezongó Felton.

Permaneció inmóvil un segundo. Luego dijo:

—Vamos a ver si les damos a esos tipos un buen susto.

Abrió la portezuela y salió afuera.

—Yo me voy al otro lado —manifestó «El Rata», corriendo hacia unos matorrales próximos.

Felton se refugió en el lado opuesto, empuñando la pistola con mano nerviosa. Todavía no había consumido un solo cartucho.

Esperó unos momentos. El rumor del automóvil policial se hizo perceptible de pronto.

Los faros iluminaron el camino. Un segundo después, su luz daba de lleno en la furgoneta.

El coche se detuvo. Dos hombres uniformados saltaron al camino, pistola en mano.

Felton tomó puntería y apretó el gatillo.

Uno de los guardias cayó, lanzando un grito de dolor. El otro saltó hacia atrás, tratando de evadirse de la zona de luz, a la vez que disparaba su revólver hacia el matorral.

En aquel momento, algo le golpeó en la cabeza y cayó de bruces. Sus disparos cesaron en el acto.

—¡Buck! —gritó «El Rata».

Felton salió de su escondite.

—¿Qué diablos has hecho? —preguntó el forajido, atónito.

—Le tiré una piedra a la cabeza —contestó «El Rata», muy ufano.

—¿Sabes que merecías haber formado parte de mi banda? —rió Felton, a la vez que se inclinaba para quitar la pistola al agente herido.

«El Rata» despojó al otro de su armamento y municiones de repuesto.

—Larguémonos —dijo.

Subieron al coche policial. Felton lo puso en marcha, dio media vuelta y se lanzó nuevamente por el camino hacia la carretera.

—Todavía quedan bastantes millas hasta Drysdane —dijo—. Hemos de dar con un plan que nos permita llegar sin ser vistos.

—Déjame pensar un rato —pidió «El Rata».

Steve Kazallon abandonó todos sus proyectos de dormir aquella noche.

Enseguida se trasladó a la oficina del capitán Malcolm. Afortunadamente, la capital del Estado se hallaba solo a quince millas de Drysdane. Con ayuda de la sirena, recorrió aquella distancia en otros tantos minutos.

Malcolm le recibió inmediatamente.

—Tenemos más noticias —declaró—. El guardia herido está

fuera de peligro, aunque tiene para dos meses de hospital.

—¿No iban dos en el coche? —preguntó el joven, asombrado.

—Sí. Al oír el primer disparo, el otro guardia retrocedió, a la vez que hacía fuego contra Felton. Pero, por lo visto, el compañero de Felton estaba agazapado tras unos arbustos cercanos, a su espalda, y le golpeó en la cabeza con una piedra. De este modo, pudieron desarmarles y escapar.

—¿Cuándo ocurrió eso? —inquirió Kazallon.

—Hace hora y cuarto, teniente.

Kazallon reflexionó unos momentos.

—La distancia al lugar del tiroteo es de casi cien millas. No pueden correr a razón de una milla al minuto, aunque teóricamente sí podrían hacerlo. Pero han de suponer que la noticia se ha dado por la radio, de modo que tendrán que abandonar el coche y proporcionarse otro.

—Eso opino yo —admitió Malcolm—. Sin embargo, habrán podido recorrer más de veinte millas antes de encontrarse con la primera barrera de control. Y no tengo noticias de que hayan intentado franquearla.

—¿Dónde está esa barrera? —preguntó el joven.

Malcolm la señaló en el mapa.

Kazallon estudió unos momentos la carta geográfica. De pronto, dijo:

—Ya han salvado esa barrera, capitán.

Malcolm respingó.

—¿Cómo diablos...?

—El terreno aquí es liso, como la palma de la mano. Les habrá bastado salir de la autopista, rodar a campo traviesa, a menor velocidad, por supuesto, y, dando un rodeo, volver a la autopista a una milla del punto anterior. Y nadie les habrá visto, se lo aseguro.

—La luz de los faros les habrá delatado —observó Malcolm.

—Tenemos luna llena. Y estando seguros de que no van a ser detenidos, habrán rodado con todo género de precauciones. ¿Cuál es la próxima barrera?

—La de Monshena. A quince millas de la anterior. Yo no tengo bastante gente, pero está cubierta por los policías locales de esa población.

—¿Puede usted contactar con ellos?

—Claro. Hace unos minutos recibí un informe suyo.

—Ese rodeo les habrá hecho perder de diez a quince minutos, por lo menos —opinó Kazallon—. En estos momentos, tienen que estar llegando a las inmediaciones de Monshena. Ordene al jefe de policía que explore hasta una milla hacia el Oeste y que dispare contra un coche que pretenderá salirse de la autopista.

Malcolm no se lo hizo de rogar. Agarró el teléfono y pidió comunicación urgente con el jefe de policía de Monshena.

El capitán habló breve y rápidamente. Luego colgó.

—Esperemos —dijo—. Si el informe es negativo, repetiremos la labor con la siguiente barrera. Pero los tendremos ya a cincuenta millas de Drysdane.

—Y a treinta y cinco de la capital —advirtió el joven.

—Pueden desviarse perfectamente. Hay caminos secundarios, teniente. Y no todos están vigilados porque, francamente, no disponemos de tanta gente. Se meterán por el primero que vean sin vigilancia.

Kazallon se pellizcó el labio inferior con gesto dubitativo.

—Creo —dijo al cabo—, que tendremos que acabar recurriendo a los helicópteros.

—Muy bien. Nosotros disponemos de dos. No son, ni con mucho, como los del Ejército, ya que sólo están destinados a la vigilancia de las carreteras, pero los alistaremos inmediatamente.

—Yo le acompañaré capitán —dijo Kazallon.

Malcolm dio unas órdenes por teléfono. Luego, se volvió hacia el joven.

—El primer helicóptero estará aquí dentro de quince minutos —informó.

Dea Lowries no podía dormir.

Se removió inquieta en la cama, una y otra vez. Al fin, encendió la luz y se sentó en el lecho.

Ewyll dormía en la antesala. Claramente podía oír sus ronquidos, pero no era ésta la causa que le privaba del sueño.

Alargó la mano y tomó un cigarrillo de la mesita de noche, encendiéndolo con gesto pensativo.

Fumó durante unos minutos. Estaba sopesando sus posibilidades de actuación.

Al cabo, dejó el cigarrillo en el cenicero y echó a un lado las

ropas de la cama.

Metió los pies en unas zapatillas y se puso la bata. Sin hacer el menor ruido, salió del dormitorio.

El saloncito estaba solitario, alumbrado únicamente por una lámpara de poca fuerza. Ewyll dormía en el recibidor, sentado en un cómodo sillón de orejas.

Dea levantó el auricular y marcó un número. Esperó unos momentos.

Una voz femenina sonó en sus oídos. Ella dijo:

—Soy Dea Lowries. Deseo hablar con la enfermera jefe.

—Lo siento, señorita Lowries —le respondieron—. La enfermera Stanley no se encuentra aquí a estas horas.

—Entonces, por favor, póngame con la que ocupa su puesto.

—Tendrá que decirme antes de qué se trata, señorita Lowries. La enfermera Jacobson está ocupada y, a menos que sea muy urgente, no puedo hacerle abandonar su puesto.

Dea se mordió los labios. Fue a decir algo, pero en aquel momento, levantó los ojos y avistó al policía, en pie, bajo el dintel de la puerta.

—Está bien. Hablaré con la enfermera Stanley mañana, cuando se incorpore a su trabajo. Muchas gracias. Y colgó.

Ewyll sonrió.

—¿Puedo serle útil en algo, señorita? —preguntó.

—No... no, muchas gracias —respondió ella—. Quería... quería hablar con una íntima amiga, pero resulta que no está ahora. Buenas noches, señor Ewyll.

—Procure dormir, señorita —aconsejó el policía.

Dea trató de seguir la recomendación, pero hubieron de pasar varias horas, tensas y angustiosas, antes de, al fin, conciliar un sueño nervioso y agitado.

CAPÍTULO VII

Buck Felton cortó el gas y echó el freno.

Los faros del coche estaban apagados. Pese a todo, la luz de la luna era brillante y permitía ver a buena distancia.

—Hay doscientos cincuenta metros hasta la carretera —dijo «El Rata».

Felton no contestó. Estaba pensando.

Al cabo de unos momentos, dijo:

—Tenemos que seguir a pie.

—¿Eh? ¡Estás loco, Buck!

Felton movió la mano derecha. El revés alcanzó al carterista en medio de los labios.

—No vuelvas a decirme una cosa semejante, «Rata» —exclamó con voz dura.

El carterista le miró con odio difícilmente disimulado.

—Está bien —contestó—. Pero no te entiendo. ¿Por qué vamos a dejar este coche tan magnífico, Buck?

—Escucha, hemos salvado ya una barrera policial, desviándonos de la carretera y rodando a campo traviesa. Ésta es la segunda vez que hacemos una cosa semejante. ¿Cuánto crees que tardarán en adelantar los hombres para ver que ningún coche se salga de la carretera?

—Eso parece razonable —observó «El Rata».

—Lo es —afirmó Felton enfáticamente—. Y por lo mismo, vamos a ver si atrapamos un medio de transporte menos conspicuo que un coche de la policía del Estado.

—¿Un camión de carga?

—Exactamente.

—¿Cómo piensas hacer que se paren? No será enseñándoles las pistolas, ¿verdad? Y ni siquiera te pararán con una señal ordinaria; a estas horas, todos los camioneros saben que dos fugitivos

merodean por la carretera. Acelerrarán apenas nos vean hacerles señas.

—No pienso actuar como crees, «Rata».

—¿Entonces...?

—Caminaremos a pie. Hay una fuerte pendiente a una milla de aquí. Los coches la salvan bien, pero todavía no he visto un solo camión de carga que no reduzca la marcha, a veces hasta doce millas a la hora. Elegiremos uno adecuado y saltaremos a la zaga, en el punto más empinado de la cuesta, justo cuando el camión marcha más despacio. ¿Has comprendido?

«El Rata» sonrió.

—Eres genial, Buck —dijo.

—Por algo estoy fuera del presidio —contestó el forajido—. Vamos, abajo; hay que dejar los neumáticos sin aire. Incendiaría el coche, pero no siento deseos de llamar la atención con un fuego.

Los dos hombres se apearon del vehículo y abrieron las válvulas de las cuatro ruedas. Momentos después, las cámaras estaban deshinchadas.

—Y ahora, a caminar —dijo Felton.

En aquel instante oyeron un ruido extraño.

—¿Qué diablos es eso? —Gruñó Felton.

Pasaron algunos segundos. De pronto, «El Rata» exclamó:

—¡Es un helicóptero!

El sonido del rotor al girar resultaba inconfundible.

—Escondámonos, pronto —chilló Felton, lanzándose hacia unos matorrales.

Los dos evadidos corrieron velozmente, tendiéndose en el suelo para pasar bajo las ramas, que los cubrieron en el acto. Segundos después, pudieron ver una brillante luz que descendía de lo alto y exploraba el suelo.

El helicóptero se hallaba a unos treinta o cuarenta metros de altura y el foco de que disponía proporcionaba una potente iluminación. A poco, el haz de rayos se fijó sobre el coche parado en medio de la llanura.

—¡Maldición! —juró Felton.

—No te excites —susurró «El Rata»—. Todavía no nos han pescado.

El piloto hizo descender el aparato a corta distancia del

automóvil. Apenas sus patines habían tocado tierra, se abrió la portezuela y dos hombres saltaron a tierra.

Kazallon y Malcolm corrieron hacia el vehículo parado. La aguda vista del joven captó en el acto la imagen de las ruedas deshinchadas.

—Hemos llegado tarde —dijo desanimadamente.

Ignoraba que, en aquellos momentos, una automática calibre 45 le apuntaba a menos de veinte pasos de distancia.

Malcolm movió la mano.

—Vámonos —dijo—. No pueden estar muy lejos.

Enviaré a alguien para que se haga cargo del automóvil.

Los dos oficiales regresaron al helicóptero, el que remontó vuelo de inmediato. Segundos después se alejaba en dirección a la carretera.

—¿Lo ves? —dijo «El Rata», satisfecho—. Ahora enviarán a otro coche y...

—No —contradijo Felton—. Es cierto que podemos apoderarnos de él, pero no podríamos salvar la próxima barrera. Además, tendríamos que entablar lucha con los policías y podrían herirnos. Vamos a buscar el camión que te dije antes.

—Como quieras —accedió el carterista.

Esperaron todavía irnos minutos. Luego se pusieron en pie y caminaron a campo traviesa.

Tres cuartos de hora más tarde, se tendían al borde de la carretera, a menos de cien metros de la cúspide de la pendiente. Esperaron.

La circulación se había atenuado mucho durante el período nocturno. La mayoría de los vehículos que pasaban eran pesados camiones de transporte.

—Hay que buscar uno que nos sirva —dijo Felton.

—Los policías revisarán su interior en los controles —afirmó «El Rata».

—Por eso digo que hemos de esperar el que nos conviene —contestó su compinche.

Transcurrió media hora. Los camiones cargados, efectivamente, perdían la mayor parte de su velocidad en la pendiente. Sobre todo, al cubrir los últimos metros, rodaban casi al paso de un hombre.

De pronto, Felton divisó un enorme camión, cuya carga ocupaba

un gran espacio. Estaba cubierta por grandes lonas, sujetas con cuerdas a la zaga y costados.

—¡Ése es! —exclamó jubilosamente.

Se puso en cuclillas, aguardando el momento exacto. Dejó que el vehículo pasara a su altura y luego se lanzó tras él.

Su compañero le siguió en el acto. Los dos hombres corrieron un centenar de metros y luego se agarraron a las cuerdas de la zaga, izándose al vehículo.

—¡Arriba! —indicó Felton.

«El Rata» comprendió las intenciones de su compañero de evasión. Facilitada su acción por las cuerdas, treparon hasta la parte superior de la carga, situada a casi cinco metros del suelo, y se tendieron de bruces.

—Te aseguro que los policías no miran nunca hacia arriba —dijo Felton, una vez acomodados.

El camión terminó de remontar la pendiente. Oyeron los característicos sonidos del cambio de marchas y percibieron enseguida el aumento de velocidad.

—Este tipo nos llevará directamente a Drysdane —dijo Felton en tono lleno de júbilo.

Media hora después, tuvieron ocasión de poner a prueba sus nervios. Una luz roja destelló delante del camión.

El camión refrenó la marcha. A poco, un policía se acercó a la cabina.

—Dispense, amigo —manifestó el agente—. Ésta es una operación de control. Se han evadido dos presos y estamos tratando de encontrarlos.

El conductor rió fuertemente.

—Mire todo lo que quiera, agente —contestó—. No me he parado desde hace cuatro horas, salvo en los controles anteriores. Además, no hay sitio en el camión donde puedan esconderse esos dos tipos.

El policía movió la cabeza. Dos compañeros suyos, provistos de pistolas y linternas, examinaron las lonas y las cuerdas que las sujetaban a la caja.

A cuatro metros y medio por encima de ellos, Felton y «El Rata», conteniendo la respiración, escuchaban atentamente. Sus manos empañaban las pistolas con fuerza.

Al fin oyeron la frase esperada:

—¡Puede seguir su viaje!

—Gracias, agente.

El camión reanudó su marcha. Felton dejó escapar lentamente el aire contenido en los pulmones.

—¡Bueno, dentro de una hora estaremos en Drysdane! — exclamó—. Dime, «Rata», ¿dónde está el escondite?

El detective Ewyll escuchó atentamente, con el oído pegado a la puerta del dormitorio de Dea Lowries.

La muchacha dormía profundamente.

Ewyll retrocedió de puntillas y levantó el teléfono.

—¿Jefatura? —habló en voz baja—. Aquí, Ewyll.

—Adelante, Ewyll. Soy Meeker.

—Sargento, envíeme un relevo inmediatamente a casa de Dea Lowries. Necesito hablar urgentemente con el teniente Kazallon, pero no puedo hacerlo por teléfono. Pronto, por favor.

—Bien —contestó el sargento—. Paul Walters estará ahí dentro de media hora.

Treinta minutos después sonó el timbre de la puerta. Dea despertó al oírlo y saltó de la cama en el acto.

Abandonó el dormitorio. Había dos hombres en el saloncito.

—Señorita Lowries, éste es mi relevo —manifestó Ewyll—. Creo que ya conoce al detective Walters.

—En efecto —contestó ella—. ¿Cómo está, señor Walters?

—Encantado, señorita —respondió el muchacho.

—Bien —dijo Ewyll—, yo me marchó. Les dejo.

—Adiós, agente —se despidió la muchacha.

—Tienes abajo mi coche —indicó Walters.

—De acuerdo —contestó Ewyll, en el momento de cruzar el umbral.

Cuando llegó a la Jefatura, Kazallon le estaba esperando ya, avisado por Meeker.

Los ojos del joven estaban circundados por unos profundos círculos violáceos, indicadores de la tensión a que estaba sometido.

—¿Ewyll? —dijo inquisitivamente.

—Teniente, esta noche... bueno, esta madrugada, la señorita Lowries habló con el Hospital General. Preguntó por la enfermera jefe Stanley, pero no estaba, ya que era su turno de descanso.

Kazallon frunció el ceño.

—¿A qué viene eso, Ewyll? —quiso saber.

—Bien, Dea Lowries parecía tener mucha urgencia en hablar con la enfermera jefe, pero lo dejó cuando vio que no conseguía la comunicación.

—¿Y...?

—Usted está interesado en conocer los motivos por los cuales Dea Lowries no quiere abandonar la ciudad, pese al riesgo que corre.

—Sí.

—Nosotros podemos averiguarlo, hablando con la enfermera.

—No es mala idea, aunque tal vez perdamos el tiempo —opinó Kazallon.

—Por probar, no perderemos nada —sugirió Ewyll—. Pero me da en la nariz que averiguaremos algo interesante.

—¿Qué es lo que le hace pensar de ese modo?

—Primero, la urgencia de Dea Lowries. Tengo la sensación de que no es la primera vez que habla con la enfermera Stanley, aunque, la verdad, nunca se me ocurrió preguntarle nada al respecto. Claro que tampoco le hago preguntas nunca acerca de su labor en el Hospital General.

Kazallon creyó comprender.

—¿Cómo? ¿Conoce usted a la enfermera jefe Stanley?

Ewyll tenía cuarenta años, pero se turbó como un adolescente.

—Bueno —contestó—, ni ella ni yo somos unos chiquillos, pero nos apreciamos bastante y creo que terminaremos casándonos. Ésta es la segunda razón, teniente.

Kazallon meditó un momento.

—Ha hecho bien —resolvió al cabo—. Vamos a ver a su enfermera, Ewyll.

El teléfono sonó en aquel instante.

Dewes, que había tomado ya su puesto, levantó el auricular.

—Sargento Dewes —dijo.

Escuchó unos momentos. Luego colgó.

—Era el agente Kowalski, señor —informó—. Dice que un conductor de camión le ha denunciado haber traído a dos sujetos sobre el techo del vehículo.

Kazallon contuvo el juramento.

—El camionero —siguió Dewes— paró su vehículo a la entrada de la Calle Décima. Entonces, dos tipos malcarados se descolgaron de la parte superior y echaron a correr, desapareciendo de su vista antes de que pudiera decirles nada. Supone que se trata de los dos evadidos.

El rostro del joven se nubló.

¡Felton y «El Rata» habían conseguido entrar en la ciudad!

CAPÍTULO VIII

Nick «El Rata» se detuvo delante de una puerta y tocó el timbre dos veces, luego una y luego dos más.

—Es la contraseña —dijo en voz baja.

Amanecía. Por la ventana que daba al pasillo de la casa entraban ya los primeros resplandores grises del nuevo día.

La puerta se abrió a poco.

—¡Jesús! —Se oyó una exclamación de sorpresa.

Era una mujer alta, fornida, de pecho amplio y caderas abundantes. Tenía el pelo rojizo, y aunque era joven relativamente, la ampulosidad de sus formas le confería más edad de la que tenía realmente.

—Entra, Buck —dijo «El Rata»—. Te presento a Sissy, mi novia.

La mujer cerró la puerta y miró a los dos hombres alternativamente.

—Diablos, Nick, lo conseguiste —exclamó.

—Ya te dije que no aguantaría los seis años en «chirona» —respondió el carterista, muy ufano—. Buck es buen amigo y consintió en que me uniese a su panda, para «pirárnoslas» todos juntos.

Felton miró a la pareja con reluctancia.

—¿Has dicho tu novia? —preguntó.

—Sí. Le gusto —sonrió «El Rata»—. Y ella me gusta a mí, aunque somos muy dispares...

Bruscamente, Felton movió la mano derecha y la estrelló contra el rostro del carterista.

«El Rata» lanzó un chillido de dolor y cayó sentado al suelo.

—¡Imbécil! —le apostrofó Felton—. ¿Éste es el escondite que me habías prometido? La policía tiene que estar enterada de que esta mujer es tu novia. Lo primero que harán, cuando se supongan que estamos ya en Drysdane, será venir a registrar la casa...

—Un momento —dijo Sissy, plantándose delante del forajido—. Nadie vendrá a buscarle aquí, por la sencilla razón de que, aunque le parezca mentira, nadie está enterado de lo nuestro. —Movi6 la mano—. Y no vuelva a tocarme otra vez a Nick o le partiré la cara, ¿estamos?

Los dientes de Felton rechinaron. Estaba acostumbrado a mandar; nadie le había hablado así en mucho tiempo.

Levantó la mano. Sissy, a pesar de su aparente gordura, fue mucho más rápida.

La enorme mano de la mujer, grande como una pala, se estrelló contra la mejilla de Felton. Pese a que era un tipo corpulento, Felton salió despedido a un lado.

—Le he dicho que no me gustan las amenazas —dijo Sissy en tono duro.

Felton lanzó una horrible imprecación. Intentó meter la mano en el bolsillo de la chaqueta, pero «El Rata» le apuntaba ya con un revólver.

—Quieto, Buck —dijo—. No me obligues a estropear el pellejo. Quiero ser buen amigo tuyo, pero si tanto insistes, permitiré que te vayas a la calle. Te aseguro que no darás veinte pasos sin toparse con un polizonte.

Sobrevino un momento de silencio. Felton sentía que le ardía la mejilla. El oído de aquel lado le zumbaba sonoramente.

Llenó los pulmones de aire con una profunda inspiración.

—Está bien —dijo—. Debe ser que ando un poco nervioso. Toda la noche rodando por ahí... sin comer y sin dormir...

«El Rata» se puso en pie.

—Sissy nos dará un buen desayuno —sonrió—. ¿Qué tienes por la despensa?

—Huevos, jamón, café y galletas —contestó Sissy, sin dejar de mirar al forajido recelosamente.

—De acuerdo. Pon dos buenas raciones, cariño.

Momentos después, los dos evadidos se sentaban a la mesa. Comieron ávidamente, sin hablar, engullendo huevos y jamón en grandes cantidades.

Sissy les servía en silencio. De cuando en cuando se situaba a las espaldas de Felton y dirigía a «El Rata» una mirada inquisitiva.

«El Rata» se limitó a contestarle con un rápido pestañeo.

«Espera, luego hablaremos», quería decirle.

Al terminar, ella dijo:

—La despensa está casi vacía. ¿Cuántos días pensáis estar aquí?

—Varios —respondió Felton ambiguamente—. Hasta que el ambiente se haya «enfriado».

—Tengo poco dinero —insinuó Sissy.

Felton metió la mano en el bolsillo y sacó un puñado de billetes.

—Compre lo que necesite —respondió.

—Está bien. Luego saldré a la tienda. Ahora, supongo que querrán dormir.

—Justamente —convino «El Rata» con una amplia sonrisa—. Dale a mi amigo la habitación nuestra. Yo me quedaré aquí, en ese diván.

Felton estaba cansado. Se tendió en la cama, sin quitarse otra cosa que las botas de presidiario. Colocó la pistola al alcance de la mano, pero bajo la almohada, y poco después dormía como un leño.

Sissy trajo un almohadón y una manta. «El Rata» se tendió en el diván.

—¿Qué es lo que...? —empezó a decir Sissy.

«El Rata» se puso un dedo en los labios.

—Ahora, no —susurró—. Ve a comprar primero. Luego hablaremos.

Le guiñó un ojo. Sissy sonrió.

Su sonrisa estaba llena de codicia.

La banda de Felton había dado algunos buenos golpes. Parte del dinero no había aparecido todavía.

Podían hacerse ricos, sin el menor esfuerzo. Un panorama de lujo y disipación apareció en la mente de la mujer.

—Hasta luego, Nick —dijo en voz alta, por si Felton estaba escuchando.

—Hasta luego, ricura —contestó el carterista, asestándole una fuerte palmada en su abundante final de espalda.

Sissy rió alegremente, mientras estrujaba en su mano los billetes que le había dado Felton.

Aquello no era más que el principio. Luego vendrían más, muchos más.

Después de escrutar a través de la mirilla, Paul Walters abrió la puerta.

Steve Kazallon entró, seguido del detective Ewyll.

—¿Está en casa la señorita Lowries? —preguntó el joven innecesariamente.

—Sí, en su cuarto, claro.

—Está bien. Paul. Váyase. Procure indagar acerca de «El Rata».

—Sí, teniente.

Walters se marchó.

—Usted quédese aquí, Ewyll —ordenó Kazallon.

Cruzó el salón y llegó a la puerta del dormitorio. Tocó con los nudillos.

—Está abierta. Pase.

Kazallon abrió la puerta.

Dea estaba recostada sobre la cama, leyendo un libro. Levantó la vista para contemplar al joven.

Vestía una blusa sin mangas y pantalones grises, ajustados.

—¿Algo nuevo, teniente?

Kazallon traía el sombrero en la mano. Lo dejó sobre una silla.

—Sí. Vengo del Hospital General. Acabo de hablar con la enfermera jefe Stanley.

Los ojos de Dea se oscurecieron un poco.

—Así que Ewyll me oyó hablar por teléfono —dijo, mientras se incorporaba y caminaba lentamente hacia la próxima ventana.

—Lo siento, pero es así. Además, resulta que se va a casar con la enfermera Stanley. Nos lo contó todo. Ella, claro.

Dea inspiró profundamente.

—Entonces, se habrá percatado ya por qué no quiero abandonar la ciudad.

—Sí, pero ¿por qué no nos lo dijo antes?

—¿Tiene esto algo que ver con Felton? —Se revolvió Dea furiosamente—. Ya declararé en el juicio, ¿no? Cumplí con mi deber ciudadano. No se me puede exigir más.

—Se le puede exigir todo lo tendente a la captura de un asesino desalmado que, además, pretende matarla a usted como represalia.

—Lo único que quiere Felton es averiguar el paradero de mi hermana. No me tocará un solo cabello, mientras lo ignore.

—Y cuando lo haya conseguido, la matará.

—Pero como no se lo diré...

Callaron un momento. Kazallon encendió dos cigarrillos y le

pasó uno.

Dea lo tomó con mano nerviosa.

—No quiero que ese miserable vea más a Betty. Se curará, pero habrá de pasar mucho tiempo antes de que lo consiga totalmente. Si volviese a ver a Felton, recaería nuevamente... y tal vez ahora para siempre.

—¿Es su esposa? —preguntó Kazallon, impasible.

—Sí.

—¿Cuánto tiempo llevan casados?

—Cinco años. Ella ignoraba la clase de hombre con quién había contraído matrimonio. Siempre fue muy delicada. Cuando lo supo, recibió un choque demasiado fuerte. Ahora está pagando las consecuencias.

—Y usted, al declarar contra él, quería que no volviesen a verse más.

—Así es.

—Luego declaró por venganza, no por cumplir un deber ciudadano.

—¿Importa eso ahora algo? —replicó Dea con vehemencia—. Los resultados fueron idénticos. Además, no era venganza, sino deseos de proteger a mi hermana Betty. Con el tiempo, llegará a olvidarle por completo; eso es lo que pretendo yo.

Kazallon aspiró el humo de su cigarrillo.

—Bien, creo que no hay mucho más que hablar —dijo—. De todas formas, aun poniéndonos en el peor de los casos, Felton no podrá encontrar jamás a su hermana. Ni a usted tampoco.

Dea le miró inquisitivamente.

—¿Por qué? —dijo.

Kazallon se dirigió al armario ropero y lo abrió. Al pie del mismo divisó un maletín de regular tamaño.

Sacó el maletín y lo puso sobre la cama.

—Meta dentro lo más indispensable, Dea —dijo, llamándola de pronto por su nombre.

—No le entiendo —respondió ella, atónita.

—Es bien sencillo. Abandonará el domicilio. Felton está ya en la ciudad. No quiero que venga aquí y la encuentre. Está protegida, pero más lo estará si no la encuentra en su piso.

—¿A dónde vamos? —quiso saber Dea.

—Ya lo sabrá, no se muestre tan impaciente.

Kazallon recogió su sombrero. Se volvió desde la puerta.

—La enfermera Stanley ha acompañado a su hermana Betty hasta el lugar donde van a residir hasta que hayamos echado el guante a Felton —dijo.

Y salió.

Dea apareció quince minutos más tarde, con un vestido corriente y el maletín en la mano.

—Estoy lista —anunció.

—Muy bien. Vamos.

Descendieron a la calle. Kazallon tenía ya el coche preparado. Despidió a Ewyll.

—Regresaré pronto —dijo.

—Bien, teniente.

El coche arrancó. Ninguno de sus ocupantes se dio cuenta de que estaban siendo observados por un tal Andy Blowser, «El Bizco», miembro de la banda de Felton.

«El Bizco» había ido a visitar a Felton un par de veces en el penal.

Felton le había dado una orden.

—Cuando te enteres de que me he largado, ponte a vigilar a Dea Lowries. Síguela a todas partes y no la pierdas de vista.

La fuga había hecho demasiado ruido para que «El Bizco» no se enterase apenas se facilitó la primera información. Inmediatamente, se situó en las cercanías de la casa de Dea.

El pandillero observó todas las idas y venidas de los policías y, lógicamente, cuando la vio salir en compañía del teniente Kazallon, comprendió que querían ocultarla a fin de hacerla escapar de las represalias de Felton.

«El Bizco» tenía un coche preparado. No le fue difícil enterarse del nuevo lugar a donde el oficial de policía condujo a Dea.

Era una casa de campo situada en las afueras. «El Bizco» usó unos prismáticos para contemplar los movimientos de la pareja, una vez llegados a la casa. Tenía que observar de lejos, a fin de no hacerse visible.

Cuando vio a Kazallon y a Dea entrar en el edificio, dio media vuelta y regresó a la ciudad. No sabía dónde podría encontrar a Felton, pero de una cosa estaba seguro: Felton se pondría en

contacto con él.

Ignorante de que habían sido seguidos, Kazallon ayudó a la muchacha a apearse del coche. En el momento de entrar en la casa, Dea se volvió hacia él y preguntó:

—¿Por qué me ha traído hasta un lugar tan apartado?

Audazmente, Kazallon respondió:

—Porque, aparte de mi obligación como policía, la aprecio a usted demasiado para permitir que ese canalla le cause el menor daño, Dea.

La muchacha se sorprendió en un principio. Luego, sin saber por qué, se sintió íntimamente halagada. Y no pudo evitar que el rubor aflorara a sus mejillas.

CAPÍTULO IX

Buck Felton abrió torpemente los ojos. Durante unos instantes le costó trabajo hallar el foco correcto de visión. Aún le duraba el cansancio que le había hecho dormir como un leño durante la mayor parte del día.

Miró hacia la ventana. Pronto sería de noche.

Luego volvió la cabeza. «El Rata» estaba frente a él, a los pies de la cama.

—Hola —sonrió el carterista.

Felton arrugó el entrecejo.

La actitud de «El Rata» le pareció sumamente rara. El sujeto tenía la mano derecha dentro de una almohada doblada, la cual ayudaba a sostener con la otra mano.

—Hola —gruñó—. ¿Qué diablos haces ahí, «Rata»?

—Apuntarte con una pistola. La almohada apagará la mayor parte del estampido, si me veo obligado a tirar.

Felton se quedó con la boca abierta. Luego, lentamente, se sentó en el lecho.

—¿Qué es lo que estás diciendo? ¿Te has vuelto loco? —preguntó, dominando la cólera que sentía.

—Nada de eso, Felton —sonrió «El Rata»—. Por el contrario, jamás he razonado con mayor cordura. Escúchame un momento... No, no busques tu pistola; te la quité mientras dormías. —«El Rata» lanzó una corta carcajada—. Podría haberte quitado el pellejo y no te hubieras enterado siquiera.

—Será mejor que te dejes de bromas y hables claro de una vez. ¿Qué rayos quieres, «Rata»?

—Te lo diré enseguida —respondió el sujeto—. ¿Piensas que me escapé contigo sólo para darte refugio... nada más por el simple hecho de que te llames Buck Felton?

Felton extendió el brazo con gesto amenazador.

—Escucha, «Rata», si me picas demasiado el genio...

—Cállate —cortó bruscamente el carterista—. Escúchame un momento, y ten en cuenta una cosa: si piensas que no soy capaz de disparar, es que estás completamente loco. Sigue dónde estás y no te muevas hasta que yo te dé permiso. ¿Entendido?

Felton apretó los labios. En cuanto tuviese ocasión, retorcería el pescuezo a aquella asquerosa sabandija, se prometió a sí mismo.

—Está bien, adelante, «Rata».

—Me alegro de que te lo tomes con calma, Buck —sonrió «El Rata»—. Óyeme bien: no te he traído aquí por amistad. Tienes escondido mucho dinero; un buen pico, de los golpes que habéis dado tú y tu banda, y que no ha sido recuperado. Quiero que me digas dónde está y, naturalmente, me acompañes hasta donde lo guardas. Dejaré que te quedes con la mitad; la otra mitad será para mí y para Sissy. No me largué de presidio para volver a afanar carteras en esta asquerosa ciudad. Quiero irme del país irnos cuántos años y eso sólo lo puedo hacer con tu dinero. ¿Está claro?

Felton le contempló de hito en hito durante unos segundos.

—Si me matas, no tendrás el dinero —dijo al cabo.

—No te mataré. Bastará para ello que te pegue un tiro en un hombro o en una pata. Me quedaré sin la «pasta», pero tú te quedarás aquí hasta que llegue la «bofia», ¿has comprendido?

La ira devoraba a Felton. Sin embargo, supo conservar su presencia de ánimo y no mostrarla exteriormente. Era preciso dejar que «El Rata» mostrase todas sus cartas, antes de actuar él.

—Además —siguió el carterista—. Sissy está abajo, en el bar de enfrente. Dentro de pocos minutos será de noche. Si para entonces no ha visto que se enciende la luz de esta habitación, echará un níquel en la ranura del aparato telefónico y dará el «soplo». Vamos, ¿qué contestas?

Felton respiró profundamente.

—De acuerdo —dijo—. Pero me dejarás ponerme las botas siquiera, ¿no?

—Claro —rió «El Rata», sumamente satisfecho de su fácil victoria.

Felton se sentó en el borde de la cama y cogió una de las botas. Hizo como que iba a meter el pie en ella y, de repente, la lanzó con todo su ímpetu contra el carterista. Era calzado de presidiario. La

bota alcanzó de lleno la cara de «El Rata» y le arrancó un aullido de dolor, a la vez que le hacía trastabillar.

Apretó el gatillo una vez, pese a todo. La detonación quedó casi apagada por el relleno de la almohada.

«El Rata» ya no tuvo tiempo de disparar otra vez. Felton cargó contra él, con la cabeza gacha, como un búfalo enfurecido, alcanzándole en el bajo vientre.

El carterista cayó de espaldas, con los brazos abiertos. La pistola se escapó de sus dedos.

Una oleada de pánico invadió su ánimo. Estaba perdido.

Quiso luchar, pero era infinitamente menos fuerte que Felton. Éste se puso a horcajadas sobre él y le agarró el cuello con ambas manos.

—¡Maldito hijo de perra! —barbotó, ciego de ira, mientras apretaba con todas sus fuerzas.

Cuando los movimientos de «El Rata» hubieron cesado, se puso en pie, sofocado, jadeante. Miró en torno suyo.

Era preciso escapar de allí. Pero Sissy le vería salir de la casa.

Si lo hacía solo, recelaría y avisaría a la policía inmediatamente. Era preciso eliminar aquel riesgo.

Se acercó a la cama y la deshizo. Tomó una de las sábanas y rasgó una tira larga, que retorció a fin de darle mayor solidez.

Luego encendió la luz del cuarto y se dirigió a la puerta de entrada.

Esperó.

Pasaron algunos minutos antes de que se oyeran en el corredor los pasos de Sissy. Felton había hecho, mientras tanto, un lazo corredizo con la sábana.

Se abrió la puerta Sissy dio dos pasos en el vestíbulo, que estaba a oscuras.

—¡Nick! —llamó.

En aquel momento, algo le rodeó el cuello. Quiso gritar, pero los sonidos quedaron cortados en seco por el brutal apretón del lazo.

Minutos después, ya de noche, Felton se dispuso a abandonar la casa.

Ya había tomado una determinación acerca del lugar donde iba a esconderse: el piso de Lizzy Brown.

El detective Paul Walters pasó por delante del bar, cuyo interior

se hallaba brillantemente iluminado.

Miró hacia dentro de modo instintivo. Inmediatamente, sufrió un fuerte sobresalto.

¿Qué diablos hacia aquella mujer junto a la barra? ¿No le habían dado mil dólares y un billete para que se largase de Drysdane?

Su primer impulso fue entrar en el bar y llevarse de allí a Lizzy Brown, a viva fuerza. Pero se contuvo enseguida.

Lizzy parecía muy divertida. Reía estrepitosamente, en compañía de un sujeto, a quien parecían hacerle mucho efecto los abundantes encantos de la mujer.

Para el detective Walters resultaba evidente que Lizzy estaba festejando los mil dólares recibidos. Seguramente, en su vida había reunido tanto dinero de una vez, a pesar de sus relaciones con Felton.

Después de unos momentos de reflexión, Walters decidió esperar a que Lizzy abandonase el bar. Era una probabilidad que debía tenerse en cuenta: quizá Felton buscase cobijo en casa de la mujer.

Lizzy abandonó el bar una hora después, con paso no muy seguro. Caminó por la acera, sin darse cuenta de que era seguida por un hombre.

La persecución duró hasta que Lizzy Brown se metió en el portal de una casa. Entonces, seguro de que la mujer no se movería de su domicilio, Walters buscó un teléfono y llamó a la Jefatura.

—Sargento Meeker —le contestaron.

—Detective Walters —dijo él—. ¿Dónde está el teniente Kazallon?

—En su domicilio, supongo. ¿Quiere algo?

—Sí. Dígame que he visto por casualidad a Lizzy Brown, quien no se ha ido de la ciudad. Añada también que estoy vigilando su casa...

—Miró el número del aparato y se lo facilitó al sargento—. Si quiere algo, llámeme a este teléfono.

—Bien, lo tendré en cuenta.

Walters colgó la horquilla y abandonó la cabina. Estaba en un bar y buscó una mesa próxima a la ventana, desde la cual podía vigilar la entrada de la casa de Lizzy Brown.

El camarero acudió a servirle. Walters le encargó una limonada. Enseñó su placa.

—Soy el detective Walters —dijo—. Estoy esperando una llamada. Avísame en cuanto pregunten por mí de la Jefatura.

—Bien, señor —contestó el camarero.

Lizzy Brown entró en la casa. Iba muy alegre. El alcohol le había proporcionado una singular euforia.

Con mil dólares en el bolsillo, la vida ofrecía aspectos placenteros realmente insospechados.

¿Quién diablos se acordaba de Buck Felton en aquellos momentos? No iba a ser tan tonto como para venir a su casa, sabiendo que la policía tendría vigilado el domicilio.

Se estremeció. Era una posibilidad que no se le había ocurrido.

Si vigilaban el domicilio, sabrían que no habría cumplido su palabra.

Entonces, le quitarían los mil dólares. Y hasta podían meterla en la cárcel una temporada.

Empezó a sospechar que había cometido un gran error al no marcharse de Drysdane.

Pero aún era tiempo de enmendarlo. Se marcharía, sí, una temporada. Bastaría con un par de semanas para que todo hubiese pasado.

A Felton le eliminarían, claro. Buck no querría entregarse vivo y habría un tiroteo.

Entonces respiraría libre y...

Giró sobre sus talones. Todavía no había encendido la luz.

Entonces, una sombra le cerró el paso.

—No grites —oyó una voz harto conocida.

Lizzy empezó a temblar.

—Buck.

—El mismo. No hagas ruido si quieres seguir viviendo, querida.

—No, claro...

—Cierra bien todas las ventanas. Echa las persianas, que no se vea la luz de la calle.

—Sí, Buck.

A trompicones, Lizzy hizo lo que le decían. Momentos después, exclamaba:

—Ya está, Buck.

Felton encendió la luz del recibidor. Miró a la mujer.

—Estás muy pálida, Lizzy —observó.

—E... es la sorpresa, Buck —contestó ella—. No... no esperaba que vinieses aquí.

Felton la contempló recelosamente durante unos segundos. Sólo sus hombres conocían el escondite de Blue Ridge... el que no había podido utilizar, debido a la muerte de *Dusty* Fulligan.

Pero ¿quién les había hablado a los policías de *Dusty*?

Decidió dejar aquel asunto para más tarde. Si Lizzy le había traicionado...

Avanzó hacia ella y acarició su carnoso brazo.

—Estás tan guapa como siempre —dijo, sonriendo de un modo que llenó de frío a la mujer.

Pero inmediatamente Felton se acordó de otra mujer... otra mujer a la cual había amado con locura y de la que ignoraba su actual paradero. No; aquella masa de carne que tenía frente a sí no podía compararse siquiera con Betty.

Su sonrisa se borró en el acto.

—¿Tienes algo de beber? —preguntó.

—Claro. Ahora te traeré una copa. Sí... si te parece poco, iré a comprar más...

—¡No! —rugió el pistolero—. No quiero que te muevas de casa... por ahora, ¿estamos?

—Lo que tú digas, Buck. Te traeré una botella ahora mismo.

—De acuerdo, preciosa.

Felton divisó el teléfono sobre una mesita. Después de unos segundos de vacilación, se acercó al aparato.

¿Estaría «El Bizco» en el lugar acordado?

Necesitaba informes acerca de Dea Lowries. Dea era la única que sabía dónde estaba su hermana.

Y, por todos los diablos, él estaba dispuesto a conocer el paradero de Betty a cualquier precio.

Levantó el aparato y marcó un número.

La señora Fulham llegó al rellano y siguió pasillo adelante.

Por milésima vez torció el gesto. ¿Cuándo ascenderían a su esposo?

Estaba deseando que su marido consiguiera el ascenso y el aumento de sueldo que traería aparejado consigo.

Así abandonarían aquella casa, la mayoría de cuyos inquilinos

no tenían nada de recomendable.

Porque ellos podrían ser pobres, pero a honrados no les ganaba nadie.

La gente que residía en aquella casa era, en su mayoría, como la inquilina del apartamento

«3 D».

Sí, la mujerona que vivía en la puerta frente a la cual pasaba en aquellos momentos y de la cual se decía...

¡Qué raro! ¿Por qué estaba abierta la puerta?

Ciertamente, la señora Fulham era pobre, pero también curiosa.

Asomó la cabeza por la puerta. No se veía nada. ¿No se veía nada?

Por la ventana próxima entraba cierto resplandor de la calle. Distinguió un cuerpo caído en el suelo.

¿Le habría ocurrido algo a la inquilina?

Fuese lo que fuese aquella mujer, se trataba de un ser humano. Con ánimo de ayudarla, si lo necesitaba, la señora Fulham buscó a tientas el interruptor de la luz.

Segundos después, sonaba un chillido que hacía retemblar las paredes de la casa.

CAPÍTULO X

Steve Kazallon acababa de dormirse cuando sonó el teléfono.

El sargento Meeker le pasó la información de Paul Walters y pidió instrucciones.

Resignado, el joven se dijo que no le quedaba otro remedio que visitar a Lizzy Brown. Además, era conveniente que Walters continuase vigilando la casa. Era posible que Felton buscara refugio en ella.

—Está bien —dijo—. Dígale que me espere allí. Iré lo antes que pueda.

Echó las ropas a un lado y empezó a vestirse. Apenas había terminado de hacerlo, sonó de nuevo el teléfono.

Era el sargento Meeker nuevamente. Y tenía algo sensacional que comunicarle.

—Nick «El Rata» ha aparecido estrangulado, lo mismo que la mujer en cuya casa se había escondido —dijo el sargento.

Kazallon apretó los labios. Otra nueva hazaña del forajido.

—Está bien —contestó—. Iré allí inmediatamente. Ah, y dígale a Walters que continúe dónde está, vigilando la casa de Lizzy Brown. Avise a Dewes que se reúna conmigo en el lugar de los asesinatos.

—Bien, teniente.

Kazallon terminó de vestirse. Comprobó la carga de su revólver y salió de la casa.

Treinta minutos después se hallaba en casa de Sissy.

Los expertos estaban ya trabajando. El forense le informó:

—Muerte por estrangulamiento, aunque algo distinto en ambos casos. «El Rata» fue ahogado con las manos. La mujer, con un lazo hecho con una tira de sábana.

Kazallon apretó los labios. Arrodillándose, alzó el lienzo que cubría el cuerpo de la mujer.

Volvió enseguida la vista a un lado.

¿Era que no iban a poder cortar la carrera de crímenes de aquel sádico individuo?

Se volvió hacia el detective que dirigía las pesquisas.

—¿Han encontrado algo de particular?

—El frigorífico está lleno a rebosar —contestó el hombre—. En mi opinión, pensaban esconderse aquí una larga temporada, pero luego ocurrió algo que hizo cambiar de opinión a Felton. Además, «El Rata» hizo un disparo.

—¿Un disparo? ¿Y nadie lo oyó? —exclamó, asombrado, el joven.

Otro detective vino con una almohada chamuscada.

—Usó un silenciador casero, teniente. Según he podido apreciar, tiró desde los pies de la cama, más o menos. La bala está incrustada a medio metro de la cabecera.

Kazallon pasó al cuarto contiguo. El cuerpo de «El Rata» yacía en el suelo, asimismo cubierto con otro lienzo.

Examinó el impacto del proyectil. Todo ello le pareció sumamente extraño.

—Tal vez tuvieron una discusión y «El Rata» quiso defenderse —dijo el primer detective.

—Sí, eso parece... Pero ¿por qué usar una almohada como silenciador? En una discusión como la que debieron sostener ellos, lo lógico es sacar la pistola de golpe y disparar sin más. La almohada demuestra que «El Rata» estaba prevenido.

—Tal vez le estaba intimidando —apuntó otro de los agentes.

—¿Intimidar...? —murmuró Kazallon—. Sí, eso puede ser. «El Rata» debía pedirle algo, bajo la amenaza de una pistola. ¿Qué podía pedir a un sujeto como Felton?

—Dinero, teniente.

Kazallon miró a Dewes, que había entrado sin hacer ruido.

—¿Dinero? —repitió.

—Bueno, Felton y los suyos habían dado algunos golpes bastante fructíferos. No todo el dinero que robaron ha sido recuperado.

Kazallon estudió la sugerencia del sargento.

—Eso explicaría el por qué «El Rata» trajo a Felton a su casa. A Felton, sin embargo, no debió gustarle el plan y... bien, «El Rata» y su chica perdieron. Pero no hay manchas de sangre, lo cual indica que Felton no recibió ninguna herida.

—Estranguló a «El Rata» primero y luego a la mujer —dijo Dewes—. A ella debió esperarla junto a la entrada. ¿Dónde estaba la mujer, que no intervino para ayudar a Nick?

Kazallon se acercó a la ventana y miró a la calle.

—Sargento —dijo—, acérquese al bar e infórmese acerca de los movimientos de Sissy.

—Bien, teniente.

Dewes volvió minutos después.

—La mujer estuvo esperando en el bar un buen rato —informó—. *El barman se dio cuenta de que miraba continuamente hacia la ventana de su casa. Cuando advirtió que se encendía la luz, pagó y se marchó.*

—Se encendía la luz —musitó el joven.

Hubo un momento de silencio.

—«El Rata» —dijo Kazallon al cabo de unos momentos—, debía estar amenazando a Felton para que le indicase dónde guardaba éste el dinero. Encender la luz debía ser una señal convenida... y Sissy picó en la trampa.

Meneó la cabeza.

—Tendremos que actuar rápidamente. Ese hombre no nos dejará dormir mientras esté suelto por la ciudad.

Y, de pronto, se acordó de Lizzy Brown.

—Sargento —dijo—, vamos a hacer una visita.

—Bien, señor —contestó Dewes.

CAPÍTULO XI

Buck Felton se paseaba por el cuarto como león enjaulado.

—Ese bastardo de «El Bizco»... —rezongó.

Se acercó a la ventana y apartó la persiana un poco, con todo cuidado.

—¿Quieres una copa? —ofreció Lizzy.

La mujer se sentía muy aprensiva. A cada minuto que transcurría, su nerviosismo iba en aumento.

Sabía que Felton se había evadido por vengarse de los testigos que lo habían enviado a la cárcel con sus declaraciones. Una de las veces le había oído decir: «Esa maldita zorra...»

Se refería a Dea Lowries, no cabía la menor duda.

Lo que Lizzy ignoraba eran los verdaderos motivos de Felton. Éstos no los sabía nadie más que él. Era un secreto celosamente guardado, hasta el punto de que no lo sabían ni los más íntimos de su pandilla.

Lizzy empezaba a sentirse aprensiva. Si Felton encontraba a Dea, la mataría.

Acabarían por pescarle, no cabía la menor duda. Y ella no iba a salir muy bien parada.

Cumpliría, por lo menos, los diez años que le había prometido el teniente Kazallon.

La perspectiva le asustó. Tenía que evitarlo. Pero ¿cómo?

Arrojó una mirada al teléfono. No podía usarlo. Si lo intentaba, Felton le daría lo suyo.

Como había hecho con Nick «El Rata», seguramente. Al menos, así se lo había dicho, cuando le preguntó por qué había venido solo.

«Le he dado lo suyo», había sido la respuesta. Y tal respuesta sólo tenía un significado en labios del pistolero.

Sonó la voz de Felton en la habitación contigua.

—¡Maldito «Bizco»! ¡Está tardando ya demasiado!

¿Por qué tardaba tanto «El Bizco»? ¿Qué tenía que decirle a Felton con tanta urgencia?

Lizzy decidió tratar de averiguarlo.

—Buck —dijo, entrando en la otra habitación.

—¿Qué quieres? —Gruñó el forajido hoscamente.

La luz estaba apagada. Lizzy movió el interruptor.

—¡Apaga, estúpida! ¡Estas persianas son casi transparentes y pueden verme desde la calle!

Lizzy obedeció. Ondulando sinuosamente, se acercó al rufián y le puso una mano en el hombro.

—¿Por qué te sientes tan impaciente? —preguntó—. ¿A dónde tiene que llevarte «El Bizco»?

—Eso no te importa a ti —gruñó Felton hoscamente.

Lizzy no se desanimó. Situándose al lado del fugitivo, apoyó la cabeza en su hombro.

—No sé a dónde puedes ir que estés mejor que aquí —dijo insinuantemente.

—No es un escondite muy seguro —gruñó él—. Además, tengo que hacer algo.

—Y «El Bizco» te va a ayudar, ¿no es así?

Felton contestó con un resoplido ininteligible que, a los oídos de la mujer, sonaba como una afirmación. Ya no le cabía la menor duda: «El Bizco» le iba a ayudar a matar a Dea Lowries.

Pero ¿por qué necesitaba la ayuda de uno de sus compinches para una labor tan relativamente fácil?

La casa de Dea Lowries tenía que estar vigilada. Si Felton quería matar a la joven, tendría que tirotearse con el policía de protección. Ya era malo que asesinase a una mujer, pero que además diese también muerte a un polizonte para conseguir sus propósitos... Y todo ello sin contar con la «liquidación» del carterista.

Como Kazallon la echase el guante, no diez, sino veinte años le caerían encima.

Tenía que dar el «soplo», pero no sabía cómo. Ni siquiera podía alegar que necesitaba comprar comida. Era tarde y, además, Felton había hecho una incursión al frigorífico.

No, aquella excusa no servía...

La mano de Felton apartó una vez más la persiana.

El forajido se fijó de repente en un detalle.

—Ese tipo del bar de enfrente... lleva ahí mucho rato sentado a la misma mesa —murmuró—. Tiene una botella de limonada vacía hace lo menos una hora.

Lizzy miró hacia abajo. La sangre se le heló en las venas al reconocer al sujeto.

¡Era el detective Paul Walters!

Procuró dominar la excitación que se había apoderado de ella. Ciertamente, no se podía asegurar que Kazallon fuese tonto. Tenía su casa vigilada desde hacía mucho tiempo.

—Ese tipo es un polizante —decretó Felton por fin.

—No lo creo —contestó Lizzy—. Más parece un viajante de comercio.

—Viajante de comercio o no, vas a bajar al bar y a procurar entretenerlo —ordenó el pistolero bruscamente—. Aunque resulte cierto que no es un policía, llévatelo, no me importa a dónde, con tal que no esté ahí cuando venga «El Bizco», ¿has entendido? Y no me fracasas; cuando quieres, sabes hacer bien las cosas.

—De acuerdo —contestó Lizzy, dominando la alegría que sentía—. Pero ¿no tienes por ahí un par de billetes? Cuando vuelva, quisiera traer algunas botellas para celebrarlo.

Felton metió la mano en el bolsillo y le entregó un puñado de billetes, sin mirar la cantidad.

—Toma. Y actúa pronto.

—Claro —respondió ella, guardando los billetes en el opulento seno. Se ajustó el corpiño con un par de rápidos y diestros movimientos y sonrió—. Ese viajante de comercio está ya en el bote, cariño.

Salió al vestíbulo, dominando dificultosamente el temblor de sus piernas. Walters debía estar esperando a Kazallon. En el momento en que éste apareciese, se iniciaría el tiroteo.

Felton no se rendiría. Además, era de la clase de tipos que se la llevaría por delante, creyendo que lo había delatado. Bien mirado, era verdad, hasta cierto punto.

¡Al diablo con Felton! ¡Ella quería seguir viva y libre!

Cruzó la calle con generoso ondular de caderas. Entró en el bar, con una sonrisa profesional en sus labios muy pintados, y se dirigió rectamente hacia la mesa que ocupaba Walters.

Apoyó las yemas de los dedos de una mano en la mesa y colocó

el cuerpo en una postura incitante.

—Sonría, polizonte, sonría, por lo que más quiera. Simule que le agrado, que le gusta lo que le estoy diciendo... Pero ¡por el amor de Dios, no se traicione! ¡Buck Felton nos está mirando desde la ventana de mi casa! ¡No mire allí y sonría, rápido!

Walters era un muchacho de pronta comprensión y comprendió en el acto los problemas de la mujer.

—Claro —dijo—. Siéntate, ¿quieres?

Lizzy accedió.

—Me ha ordenado que me lo lleve de aquí —manifestó, sin perder la sonrisa.

—¿Por qué? —preguntó Walters, siguiendo la farsa.

—Está esperando a un compinche suyo. Creo que van a ir los dos a buscar a Dea Lowries. ¡Sonría, diablos!

—Dea está escondida —dijo Walters, obedeciendo—. No podrán encontrarla.

—A mí no me diga eso —respondió Lizzy—. Sólo sé que Felton está esperando a «El Bizco» y que, en cuanto lleguen, irán los dos a buscar a la chica. Ahora, usted verá lo que va a hacer.

Walters reflexionó unos momentos.

Lizzy volvió a hablar.

—Pero no me extrañaría nada que «El Bizco» hubiese estado vigilando a Dea. En todo caso, necesita de su ayuda para deshacerse del policía que la vigila. Oiga, Paul, no telefonee a su teniente desde aquí; vamos a quitarnos de la vista de Felton. Hay un bar dos manzanas más abajo; allí podrá llamarle sin que le vea.

El muchacho vaciló. ¿Y si se trataba de una farsa para apartarle de la vigilancia de la casa?

Lizzy comprendió las dudas del policía.

—¡Le juro que le estoy diciendo la verdad! —exclamó—. Ya sé que no quiere creerme, pero... oiga, me quedará con usted como rehén, si no se fía de mí. ¿Hubiese venido de otro modo, a decirle que Buck Felton está en mi casa? No tengo ganas de ir a parar a la cárcel para un puñado de años, créame.

Walters se decidió a actuar por fin.

A pesar de lo que le decía la mujer, no acababa de creer, sin embargo, que el amigo de Felton conociese el escondite de Dea Lowries. Pero era una posibilidad que debía tener en cuenta.

—Vamos —dijo por fin, poniéndose en pie—. Pero vaya preparándose para ir a la cárcel lo que le resta de vida, si me ha mentado.

—El teniente Kazallon le dará las gracias mientras viva —aseguró Lizzy Brown, sin perder la sonrisa.

Cuando salió del bar, iba colgada del brazo del policía y reía estruendosamente.

Felton lo vio desde la ventana y sonrió complacido.

Aquella Lizzy sabía hacer bien las cosas. Pero ¿dónde infiernos se había metido «El Bizco»?

CAPÍTULO XII

Sonó el zumbador de la puerta.

Pisando tan silenciosamente como un gato, Felton se acercó a la puerta, con la luz del vestíbulo apagada, y escrutó a través de la mirilla.

Tenía la pistola en la mano, dispuesto a apretar el gatillo en cualquier instante.

Era «El Bizco». Respiró aliviado y abrió.

Andy Blowser se coló en la casa.

—Buck.

—¡Ya era hora! —farfulló el pistolero—. ¿Dónde diablos te has metido?

—Me topé con un polizonte cuando salía de casa —se excusó Blowser—. Tuve que meterme en un bar y charlar con unos amigos, para despistar. Buck, tú no te imaginas cómo está la ciudad; te encuentras a los policías hasta en los bolsillos de la chaqueta.

—Está bien, está bien —cortó «El Matador», impaciente—. Eso ya me lo figuro. Ahora, dime, ¿qué hay de la chica?

—No está en su casa. El teniente Kazallon la escondió fuera de la ciudad.

—¿Dónde? —preguntó Felton, con voz que era más bien un rugido.

—En una casa de campo. Está a dos millas y media al Sur.

—¿Tú sabes el camino?

—Sí, claro; les seguí en mi coche y...

Felton cogió el brazo de su compinche.

—¡Pues andando!

«El Bizco» se resistió.

—Espera un momento, Buck.

Felton le miró airadamente.

—¿Qué diablos te pasa ahora, «Bizco»?

—Una cosa, Buck. Tú quieres «cargarte» a la chica, ¿no?

—¿Y bien? —dijo Felton, sin negar ni afirmar.

Primero, averiguaría el paradero de Betty, aunque tuviese que arrancarle a Dea el pellejo a tiras; después...

—Mira, Buck; a mí no me importa lo que hagas con esa prójima —dijo «El Bizco»—. Pero la policía te anda buscando desesperadamente. Yo...

—De modo que ahora te «rajas», ¿eh?

—No es eso, Buck. Es... Trata de comprenderme; yo ya te he dicho dónde está la pájara...

—Pero no sé exactamente el lugar donde la ha escondido ese bastardo de Kazallon. Y tú sí lo sabes, «Bizco».

Le puso la pistola bajo las narices.

—Me llevarás hasta las inmediaciones del escondite. Luego te puedes ir al infierno si quieres.

—Los puestos de control...

Felton comprendió la objeción de su compinche.

—Espera un momento —dijo.

Cerró la puerta con llave, por precaución, para que no se le escapase «El Bizco». Luego se dirigió al dormitorio de Lizzy y deshizo la cama, hasta sacar una manta.

Regresó al vestíbulo y se la tiró a su compinche.

—¿Para qué quiero esto? —preguntó «El Bizco», atónito.

—Óyeme bien —contestó Felton—. Yo iré en la parte posterior del auto, tendido en el suelo. Tú me taparás bien con la manta, a fin de que no me vean en el control... aunque lo más seguro es que no registren a fondo los coches que salen, sino los que entran. Ten en cuenta que esto que tengo en la mano —blandió la pistola—, es una cuarenta y cinco y atraviesa fácilmente el respaldo del asiento. ¿Enterado?

«El Bizco» asintió. Empezó a arrepentirse de haber ayudado a Felton.

El odio le cegaba y le perdería. Lo malo era que le perdería a él también. ¡Qué idiota había sido!

Pero ya era tarde para rectificar.

La mano izquierda de Felton le empujó con fuerza hacia la puerta.

El sargento Dewes conducía el coche. La lámpara de aviso de la

radio titiló de pronto.

Kazallon alargó la mano y asió el micrófono.

—Coche del teniente Kazallon —dijo.

—Sargento Meeker —le contestaron—. Tengo una noticia urgente para usted.

—Adelante, sargento.

—Acabo de recibir una llamada telefónica del detective Walters. Me dice que vaya usted con urgencia al número 428 de la calle Dieciséis, tres manzanas más abajo de la casa de Lizzy Brown. Está esperándole allí. Repito, es urgente.

—Bien, Meeker, muchas gracias.

Kazallon colgó el micrófono.

—Dele al coche todo lo que pueda, Dewes, pero no toque la sirena.

—Sí, señor.

El automóvil aceleró bruscamente.

Diez minutos más tarde, llegaban frente al número indicado. Era un bar, del cual salieron inmediatamente Walters y Lizzy.

Kazallon se tiró del auto de un salto.

—¿Qué hay, Walters? —preguntó.

—Lo siento, señor; pero creo que Felton conoce el escondite de la señorita Lowries.

Kazallon le miró atónito.

—¿Cómo diablos...?

Walters empujó a la mujer.

—Lizzy, cuéntaselo todo al teniente.

—Yo no quiero más líos —rezongó ella—. Sé que he cometido una tontería quedándome en la ciudad, pero...

—Abrevie, Lizzy —dijo Kazallon, exasperado.

La mujer contó todo lo que había ocurrido. Kazallon apretó los puños.

—Si ese canalla causa el menor daño a Dea Lowries, cuenta que te encerraré una porción de años —barbotó Kazallon coléricamente.

—Le he avisado en cuanto tuve ocasión —protestó Lizzy—. Mientras estuve en casa con él no pude acercarme al teléfono.

—Está bien; ya hablaremos de eso más adelante.

Kazallon se volvió hacia el coche y se sentó al lado del micrófono.

—Meeker —llamó—. Soy Kazallon.

—Adelante, teniente.

—Felton se dirige hacia la casa donde tengo escondida a Dea Lowries. Envíe un par de coches allí con hombres y granadas de gas.

—Bien, teniente; saldrán en el acto.

—Que no utilicen las sirenas ni los faros. Hemos de cercar la casa, sin que Felton se dé cuenta. Nadie actuará sin recibir órdenes mías, ¿estamos?

—Sí, señor.

Kazallon colgó el micrófono. Asomó la cabeza.

—Walters, regrese a Jefatura y encierre a Lizzy.

—Sí, teniente.

—¡Usted no puede hacer eso! —chilló la mujer—. ¡Yo le he avisado...!

Pero el joven ya no le hacía el menor caso. Cerró la portezuela.

—En marcha, Dewes.

El sargento arrancó inmediatamente. Kazallon procuró dominar la excitación que sentía.

¡Si Felton hacía daño a Dea...!

Sería capaz de arrancarle el corazón con sus propias manos.

El vehículo atravesó la ciudad a toda marcha. Poco más tarde, llegaban a uno de los puestos de control. El joven asomó por la ventanilla y se dio a conocer.

—¿Han visto pasar un coche con dos hombres hará cosa de media hora o menos?

El agente uniformado respondió:

—No, teniente. Por ahora todo está normal.

Kazallon reflexionó. Sin duda, Felton debía haberse escondido en el automóvil para pasar desapercibido.

No se podía culpar a los agentes; estaban allí para vigilar la entrada más que la salida de vehículos.

Pero él estaba seguro de que Felton había traspasado ya la barrera.

—Gracias —contestó—. Sigamos, Dewes.

El sargento puso en marcha el auto nuevamente.

La casa estaba a unas dos millas de distancia. En cinco minutos más habrían llegado.

Dea Lowries se paseó nerviosamente por el saloncito de la casa

de campo.

Había licor en un aparador y, aunque se daba cuenta que una copa tonificaría su cuerpo, no quiso probarlo.

Encendió un cigarrillo, Lo apagó enseguida. El humo le sabía muy amargo.

Presentía que iba a ocurrir algo. No sabía qué, pero el presentimiento la impedía dormir.

Más que por ella misma, lo sentía por su hermana. Estaba ya muy recuperada.

Cuando viese a Felton, recaería. Y tal vez para siempre.

Empezó a pensar si no sería mejor llevársela de allí, aunque ello significase contravenir las disposiciones del teniente Kazallon.

Pero estaba la enfermera Stanley, quien se opondría severamente a dejarlas partir. Y la enfermera se encontraba en la misma habitación que Betty. Si intentaba despertarla, se enteraría inmediatamente...

—Sería mejor que se acostase y tratara de dormir un poco.

Dea ahogó un grito y se volvió.

La enfermera Stanley se hallaba bajo el dintel de la puerta del dormitorio. Sonreía comprensivamente.

—Está muy nerviosa, Dea. ¿Quiere un sedante?

—No. No quiero dormir. No podría, sencillamente —contestó la muchacha.

—¿Le preocupa ese canalla? Kazallon es un buen policía y le pondrá a buen recaudo antes de que tenga tiempo de hacer nada. Además, ni siquiera sabe que estamos aquí. No tiene motivos para sentirse tan nerviosa, créame.

Dea encendió un nuevo cigarrillo. Su mano temblaba al sostener el fósforo.

—Tengo un presentimiento... —murmuró.

—Olvédelo —dijo la enfermera.

Avanzó hacia ella y rodeó sus hombros con un brazo, empujándola persuasivamente hacia el otro dormitorio.

—Betty descansa admirablemente —dijo—. Usted debiera imitarla.

—Betty no tiene mis problemas —adujo Dea—. Ni siquiera sabe lo que está ocurriendo.

—Naturalmente. Pobrecilla, si lo supiera. Usted debería imitarla.

En el dormir, claro.

—Trataré de hacerlo —contestó Dea, no muy convencida.

De pronto, cuando llegaban ya a la puerta del dormitorio, se volvió y miró hacia la ventana.

—Enfermera.

—¿Qué le ocurre ahora, Dea?

—Me parece... ¿No oye usted el ruido de un automóvil que se acerca?

La enfermera escuchó atentamente durante unos segundos.

—No. Yo no oigo nada. Vamos, acuéstese...

Pero Dea se soltó de las manos de la enfermera y corrió hacia la ventana. Un sentimiento instintivo la hizo exclamar:

—¡Apague la luz, enfermera!

Stanley obedeció. La habitación quedó a oscuras.

Había luna. Los objetos se percibían a buena distancia.

—¡Es verdad! —exclamó Dea—. Estoy viendo un coche. Se ha parado a cien metros, al menos.

Stanley miró a través de la ventana. Dea tenía razón.

Un hombre descendió del auto. Dio dos pasos y, de repente, cayó de bruces al suelo.

Otro hombre saltó al suelo. Algo brilló en su mano derecha.

—¡Es Felton! —exclamó Dea, llena de terror—. El teniente Kazallon habría llegado con su auto hasta la casa.

El hombre quedó quieto un momento, mirando en torno suyo. Luego empezó a caminar pesadamente hacia la casa.

De repente, la enfermera empujó a Dea hacia la parte posterior.

—¡Corra, escápese! —ordenó.

—¡Pero, mi hermana...!

—Felton no le causará ningún daño. Es a usted a la que quiere matar, si la encuentra. Vamos, dese prisa y escápese.

—Betty recaerá —dijo Dea desesperadamente.

—Huya —ordenó la enfermera en tono perentorio—. Yo me quedo aquí. Deje que me encargue de ese miserable. ¡Vamos, pronto, salga por una de las ventanas traseras, de la vuelta y corra a campo traviesa en busca del teniente Kazallon!

Dea comprendió al fin que debía seguir los consejos de la enfermera. Llena de pánico, aunque reprochándose a sí misma el abandono en que dejaba a su hermana, atravesó la casa y llegó a su

dormitorio.

Levantó el bastidor de la ventana. Pasó primero una pierna y luego otra. Saltó al suelo, que estaba apenas a un metro de distancia y empezó a correr desesperadamente.

Andy Blowser paró el auto. La silueta de la casa se vela escasamente a cien metros de distancia.

—Ahí es —dijo.

Felton sacó la pistola.

—Bueno, ya era hora —gruñó.

—Buck, yo te dejo —exclamó «El Bizco»—. He cumplido con mi parte y...

Apenas rebasado el control policial Felton había pasado al asiento delantero.

—Claro, claro —contestó torvamente.

Y golpeó a Blowser en la cabeza con el cañón de su pistola.

Sorprendentemente, «El Bizco» tuvo tiempo de abrir la portezuela y dar dos pasos antes de caer al suelo.

Satisfecho, Felton quitó la llave de contacto y se la guardó en el bolsillo. Luego saltó al suelo.

Miró en torno suyo. Estaba llegando ya.

De pronto, se preguntó, súbitamente turbado, si merecía la pena todos los esfuerzos hechos para llegar hasta allí.

La obsesión de vengarse y de hallar a Betty... ¿valía realmente cuánto había hecho para alcanzar su objetivo?

Sacudió la cabeza. ¡Al infierno con todo! Mataría a Dea y se llevaría a Betty.

Jamás había estado tan locamente enamorado de una mujer como de Betty, Lizzy Brown había sido, simplemente, un mero sustitutivo físico en tanto desconocía el paradero de Betty. No se podía comparar ni remotamente con ella.

Pero Dea tenía la culpa de la separación. Se lo haría pagar, decidió duramente, avanzando hacia la casa.

Llegó a la puerta y asió el pomo con la mano izquierda, haciéndolo girar suavemente. Sonrió.

Las cosas se desarrollaban mejor de lo que esperaba. Segura de su inmunidad, Dea no había cerrado siquiera con llave.

Avanzó un paso. Entonces, la enfermera Stanley bajó las dos manos y le rompió en la cabeza un gran jarrón de porcelana.

Felton cayó al suelo, fulminado.

CAPÍTULO XIII

El coche en que viajaban Kazallon y Dewes estaba ya a media milla escasa del lugar donde se encontraban escondidas las dos hermanas y la enfermera.

Por indicación de Kazallon, viajaban con los faros apagados. Si Felton había llegado ya a la casa, era preciso acercarse sin ser advertidos.

Bruscamente, Dewes pisó el freno a fondo. Kazallon salió proyectado hacia adelante.

—¿Qué diablos...?

Sonó un grito de susto. A cuatro pasos de distancia, divisaron la silueta de una persona.

Kazallon la reconoció enseguida. Abrió la portezuela y saltó al suelo.

—¡Dea! —gritó de forma incontenible.

La muchacha corrió hacia él, sollozando agónicamente.

—Steve... él... está ahora allí... La enfermera... me ordenó esca... par... Mi hermana...

Kazallon empujó a Dea hacia el sargento.

—Dewes, cuídese de ella —ordenó—. Yo me voy a acercar a la casa. Cuando vengan los refuerzos, dígales que la rodeen por todas partes.

—Yo quiero ir con usted —protestó Dea, loca de terror.

—No. Se quedará aquí con el sargento. Dewes, agárrela fuerte y no la deje escapar.

La mano de Dewes se cerró con fuerza sobre el brazo de la muchacha.

—Haga lo que le dice el teniente, señorita —dijo el sargento en tono persuasivo.

Dea quiso correr tras el joven, pero Dewes era fuerte y no consiguió desasirse. Repentinamente desanimada, escondió la cara

entre las manos y rompió en amargos sollozos.

Mientras tanto, Kazallon se había lanzado hacia delante a la carrera. Minutos después, divisó la silueta de un auto a cien metros de la casa.

Un hombre se levantaba del suelo en aquellos momentos. Por su corpulencia, Kazallon dedujo que se trataba del cómplice de Felton.

No se entretuvo a averiguar las causas por las cuales estaba «El Bizco» en semejante postura. Sacó la pistola y le encañonó con el arma.

—¡Quieto, Blowser! —ordenó.

«El Bizco» se quedó parado un instante. Luego, viéndose perdido, trató de escapar.

Metió la mano dentro de su chaqueta. No, Felton, ¡cochino traidor! No le había despojado de su pistola.

Sacó el arma. Entonces oyó algo parecido a un latigazo y sintió un fuerte golpe en el pecho. Empezó a caer, sintiéndose repentinamente invadido por una súbita debilidad.

Las estrellas giraron vertiginosamente sobre sus ojos. Pronto dejó de verlas.

Buck Felton sacudió la cabeza, dentro de la cual sentía un tremendo zumbido.

¿Por qué diablos estaba caído en el suelo? De pronto recordó que había oído un ruido raro... algo así como el estallido de un cacharro de porcelana.

«¡Maldita Dea!», pensó, mientras se incorporaba penosamente, sintiendo una gran flojera en las piernas.

Se palpó la parte posterior de la cabeza. Notó que los dedos se le mojaban en un líquido pegajoso.

Debía tratarse de algún corte. No tenía importancia, sin embargo. Podía continuar en pie.

Buscó la pistola, sin encontrarla. Maldijo profusamente; aquella perra le había desarmado.

De pronto, oyó voces en una habitación cercana. No, todavía no se habían marchado.

Debían estar preparándose para abandonar la casa. Aún tenía tiempo de impedirlo.

Respiró profundamente, tratando de alejar las telarañas de sus ojos. La habitación estaba a oscuras, pero entraba algo de luz lunar

por la ventana.

Avanzó con cuidado, esquivando los muebles. Divisó una rendija de luz.

Miró a través de la hendidura. Divisó a Betty, vistiéndose, ayudada por una mujer recia y corpulenta. Una enfermera, sin duda.

Dea no estaba. ¿Le habían engañado?

Empujó la puerta un par de centímetros más. De pronto, divisó su pistola. Estaba sobre la mesita de noche.

Entonces, había sido la enfermera quien le había golpeado. Y ahora, estaba terminando de vestir a Betty para escapar de él.

Algo hirvió repentinamente dentro del pecho de Felton y no ira, precisamente.

Contempló a Betty, que le pareció más hermosa y adorable que nunca.

La pálida belleza de la joven le había trastornado desde que la conoció. Sus dorados cabellos, el delicado perfil de su rostro, la esbeltez de su cuello de cisne, el maravilloso tono azul de sus ojos... Y ahora quería dejarle, cuando ya la tenía al alcance de su mano.

¡No lo permitiría, de ningún modo!

Abrió la puerta de golpe.

Betty le vio y gritó.

Stanley se volvió. Trató de agarrar la pistola.

Felton fue más rápido. Alcanzó a la enfermera y la golpeó en la cabeza con el puño cerrado. Stanley se desplomó instantáneamente.

Betty se tapó con el vestido. Sus ojos le contemplaban con horror.

—Buck —dijo con voz aliñada.

Felton avanzó un paso hacia ella, con ademán de súplica.

—Soy yo, Betty —dijo—. Buck, tu esposo...

Betty retrocedió otro paso.

—No, Buck.

—Te amo, Betty, Me creas o no, sólo he amado a una mujer en esta vida: tú...

—No... no te quiero... —tartamudeó la joven—. No puedo querer a... a un asesino... Me engañaste...

—Tenía que hacerlo, compréndelo —rogó Felton—. Si no, no te hubieras casado conmigo...

—Eres un asesino... un asesino...

Felton endureció el gesto.

—Pero también tu marido. Y todavía tengo el derecho de llevarte conmigo adonde yo quiera.

La espalda de Betty chocó contra la pared. Extendió una mano.

—No, Buck —sollozó—, por lo que más quieras... déjame... déjame... Te lo ruego... No podría vivir a tu lado... Antes me mataría...

Los dientes de Felton rechinaron.

—He dicho que vendrás conmigo y vendrás —exclamó con voz acerada.

Alargó una mano y asió la muñeca de Betty.

El contacto obró a modo de revulsivo en la joven, pero en sentido contrario.

Se sintió invadida por una infinita repulsión física. Su mente buscó un medio de defensa contra aquel sentimiento y halló el único que podía servirle en aquellos momentos: se desmayó.

Felton lanzó un juramento al verla caída en el suelo. Fue a agacharse para recogerla, pero, en aquel momento oyó el estampido de un disparo a cien metros de la casa.

Se irguió como un tigre. Saltó hacia la pistola y la asió con mano firme.

¡La policía estaba afuera!

Aquel disparo sólo podía significar una cosa: alguien había tirado contra «El Bizco».

Lanzó una última mirada a Betty. Sabía que ya no tenía escapatoria.

Lizzy le había traicionado, dando el «soplo» a la policía. ¡Maldita!

—Si tú hubieras querido, Betty —sollozó, lanzándose hacia la puerta.

Atravesó el salón y abrió la puerta de la casa. En aquel mismo momento divisó una silueta que corría hacia la casa.

Tiró una vez. La bala pasó rozando a Kazallon, quien inmediatamente, dio un salto lateral y rodó un par de veces por el suelo, para ponerse fuera del campo de tiro del pistolero.

—¡Felton! —exclamó—. ¡Está perdido! ¡Entréguese!

La respuesta del pistolero fueron dos disparos más. Las balas se

hundieron en el suelo, a corta distancia del sitio en que se encontraba el joven.

Kazallon dio otras dos vueltas. Luego, deteniéndose un instante, tomó puntería y disparó hacia la puerta.

Felton acusó el impacto en el hombro izquierdo y retrocedió un paso, chocando con la jamba de la puerta. Apoyó en ella la espalda, a fin de sostenerse.

—¡Vamos, cobarde! —aulló—. ¡Acérquese!

El joven calló. Sabía las intenciones del pistolero.

Felton se daba por perdido. Tenía ya demasiadas muertes sobre su conciencia para esperar esta vez clemencia de un tribunal.

—¡Muévase, polizonte! —chilló Felton—. Quiero verle la cara. ¿O es que se ha vuelto cobarde de repente?

Kazallon continuó callado. Era preciso ponerle nervioso, que se descuidase, que diera un primer paso precipitado. A pesar de la luz de la luna, la silueta del forajido se confundía parcialmente con el hueco de la puerta.

Repentinamente, se oyó el rugir de un automóvil.

Unos faros brillaron de pronto, iluminando de lleno la figura del pistolero. Felton se tapó la cara un instante con el brazo izquierdo.

Disparó de nuevo. Entonces, tableteó una ametralladora.

Felton dio dos pasos hacia adelante, tambaleándose como un beodo.

Quiso disparar una vez más, pero, de pronto se le doblaron las rodillas y cayó de bruces.

Kazallon corrió hacia él y se arrodilló a su lado, quitándole la pistola de la mano.

El pistolero le miró con ojos turbios. Su pecho era una mancha de sangre.

Un grupo de hombres les rodeó. Sonó la voz ansiosa de Dea Lowries.

—¡Steve!

—¡No se acerque, Dea! —ordenó el joven.

Alguien sujetó a la muchacha por un brazo. Dea luchó, pero hubo de resignarse a permanecer a cierta distancia.

En aquellos momentos una mujer salió de la casa y se abrió paso entre los policías.

—Betty —murmuró el moribundo.

La joven le contempló durante unos segundos. Su rostro era una máscara impasible. No sentía odio ni amor hacia el hombre que tanto daño le había causado, sólo lástima, una lástima infinita.

Felton miró a la joven durante unos segundos. El rostro de Betty, iluminado por el resplandor de los faros del auto, le pareció de una belleza irreal.

Empezó a oír unos sonidos extraños, que poco a poco fueron aumentando de volumen. Era una rugiente sinfonía de notas salvajes, tonantes, que resonaban atronadoramente dentro de su cabeza.

Curioso, aquella música bramadora le impedía sentir el menor dolor físico.

Y le iba privando de la visión. La imagen de Betty fue alejándose, alejándose, envuelta en aquel torrente de sonidos, que se convertían en manchas negras cada vez más grandes... más grandes...

Levantó una mano. Quería acariciar a Betty una vez más, la última.

Pero sólo tocó una enorme mancha negra, aterciopelada, terrible y totalmente silenciosa. Ya no percibió el contacto de su mano con la ensangrentada tierra del patio.

Ni tampoco oyó la voz del sargento Dewes:

—¡Ha muerto!

Steve Kazallon se puso en pie al ver entrar a Dea Lowries en el café donde habían quedado citados.

La muchacha había recobrado su color. Su aspecto era más encantador que nunca.

Kazallon la ayudó a sentarse.

—¿Qué desea tomar? —preguntó.

—Café, gracias.

Esperaron a que el camarero les hubiera servido. Entonces, al quedarse solos, Kazallon preguntó:

—¿Cómo está Betty?

—Mucho mejor —respondió Dea, muy contenta—. Estoy verdaderamente sorprendida de su mejoría.

Kazallon se frotó la mandíbula.

—¿Sabe? A mí me parece como si mientras vivió Felton hubiese estado sometida a su diabólica influencia.

—Es posible —convino Dea con naturalidad—. Betty fue siempre muy impresionable.

—Es joven y muy bonita. Tiene muchos años de vida por delante.

—Eso espero.

—Acabará por olvidar. Y más, si encuentra un hombre bueno, que la quiera sinceramente. Entonces, será feliz.

—Ojalá —sonrió Dea.

—¿Y usted? —preguntó él.

—¿Yo, qué? —dijo la muchacha.

—¿No ha pensado nunca en un hombre bueno y decente? Vamos, ya es hora de que empiece a buscarlo, Dea.

Ella jugueteó con la cucharita, mientras sonreía maliciosamente.

—Desde luego. Había pensado en ello, pero se me ocurrió que tal vez usted podría ayudarme a encontrarlo.

—Bueno, conozco a bastante gente, Dea.

—Le prometo avisarle cuando vaya a casarme —aseguró la chica.

—El aviso se agradecerá cumplidamente.

—Pero, si no me ayuda a buscar marido... ¿No tiene un candidato para proponerme, Steve?

Kazallon la miró fijamente.

—Tengo uno, en efecto, pero no sé si usted lo aceptará.

—Bien, dígame su nombre, qué hace, cómo es...

—Lo tienes delante, Dea.

Ella sonrió suavemente.

—Steve —contestó—, me pareces el mejor candidato para marido.

FIN



Psicosis

¿CONOCE USTED

... las horrendas curaciones a que eran sometidos los dementes en los siglos de la ignorancia y la superstición?

Leyendo este MARABU-ZAS podrá hablar usted de la importancia del subconsciente, el sentido de la vida, el inconsciente colectivo, la teoría de los reflejos...



— EDITORIAL BRUGUERA, S. A. —



LOS CUERVOS DEL PARAISO

por

BURTON HARE

El gigantón apareció en escena como surgido de la negrura. Su silueta se recortó con el resplandor del boulevard y me cayó encima sin un titubeo, sin una palabra.

Rechacé su ataque aplicándole un centelleante *uno-dos* que le paró en seco. Soltó un rugido de furor. Pude cazarle con un directo que hasta a mí me llenó de orgullo, y que a él debió antojársele la coza de una mula loca.

Estuvo unos segundos dando tumbos con las manos sobre el plexo solar hasta que encontró el apoyo de la pared. Allí se detuvo y gruñó su dolor y su disgusto, enderezándose despacio. El pequeñajo no se había movido; permanecía acurrucado junto al muro, gimoteando como una mujerzuela.

De repente, el gigantón se puso otra vez en movimiento, pero al apartarse de la pared, algo brillante centelleó en su mano, que mantenía apartada del cuerpo.

Un cuchillo.

*También en Hollywood aguarda la muerte...
Y BURTON HARE le explicará por qué en
su sensacional novela*

LOS CUERVOS DEL PARAISO

¡Léala en el próximo número!



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptes. • Impreso en España • Printed in Spain



VETERANO
tiene
ESO...

un **VETERANO** SABOR!...



OSBORNE *Fundada en 1712*

